

584408 000 00 1

LA FAMILIA DE FALKLAND.

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

POR

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

—
Marzo : 1843.

PERSONAS.

SIR FALKLAND, *baronet inglés.*

RODULFO. } *sus hijos.*
EDUARDO. }

ARABELA, *muger de Falkland.*

FANY, *huérfana.*

JOHN BULL, *rico fabricante de cerveza.*

TOM, *criado viejo de Falkland.*

BOURMAN, *emisario del Parlamento.*

FRANK, *criado.*

FRICK, *hijo de John Bull.*

PERKINS, *cervecerero.*

UN CARCELERO.

Pueblo, soldados, obreros de John Bull.

La escena pasa en Inglaterra, en la ciudad de Herford, año de 1645.

Este drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Sala antigua con puerta al foro y otra á la izquierda del actor.
Balcon al otro lado.

ESCENA PRIMERA.

ARABELA. FANY. TOM.

ARABELA. ¿Tampoco tenemos cartas?
TOM. Lo que es del señor Rodolfo,
no, señora.

ARABELA. ¡Mas de un mes
sin escribir!

FANY. Los asuntos
de la guerra...

TOM. Pues en eso
está el temor. Dicen muchos
que ha habido una gran batalla.
ARABELA. ¿Eso dicen?

TOM. Mister Sutton,
el especiero de al lado,
hecho estaba un energúmeno,
gritando: «¡victoria, amigos,
victoria!...» ¡Me ha dado un susto!
ARABELA. ¿Por qué?

TOM. Porque es de los otros
partidario furibundo;
y cuando grita victoria,
habrán vencido los suyos.
ARABELA. ¿Los parlamentarios?

Pues.

ARABELA.

TOM.

ARABELA.

TOM.

ARABELA.

TOM.

ARABELA.

TOM.

ARABELA.

TOM.

ARABELA.

TOM.

ARABELA.

TOM.

ARABELA.

TOM.

Y ¿tú has creído ese absurdo?

Como ya mas de dos veces
nos ha cascado, deduzco...

Ya la causa del rey Carlos
camina de triunfo en triunfo.

Bien.

Él ha entrado en Leicester,
y Montrose en Edimburgo.
Mejor.

Y pronto Inglaterra
libre de odiosos tribunales,
acatará del monarca

el poder firme y robusto.

Eso podrá muy bien ser;
pero aún lo veo turbio.

Señor Tom, os vais tambien
contagiando.

¿Porque dudo?...

Sois un *cabeza redonda*.

¡Yo!

Un puritano.

¿Qué escucho!

¡Y por realista ayer tarde
me anduvieron en el bulto!

No hay como ser moderado:
todos la pegan con uno.

Es preciso tener fé.

Fé me sobra. Mas ¿qué fruto
se saca con estar siempre
lanza en ristre? ¡Yo me angustio!

¡Qué diablos! Vamos viviendo,
y arreglen otros el mundo.

Yo tengo acá mi opinion;
mas ¡ir á cada minuto
con todo bicho viviente
ejercitando los puños!...

No en mis dias. Si ganamos,
me alegro, y me bebo un cubo
de cerveza: si perdemos,

¡paciencia! Dios lo dispuso.

Ya vendrá la nuestra... y pata:
cada cual tiene su turno.

ARABELA. Así hablan siempre los viles egoistas.

TOM. Pronto cumplo
setenta años: á mi edad
hay menos fuego y mas pulso.
No es tan viejo como yo
vuestro esposo, y muy sesudo,
nos dice: es preciso juicio,
tolerancia.

ARABELA. Me consumo,
me abraso, me desespero
con sus prudentes discursos.
Para mirar con paciencia
que pelagra el trono, el culto,
es preciso no tener
sangre en las venas.

TOM. No es justo •

decir eso del señor
Falkland... ¡Un realista puro!
¡Él, que se lleva gastada
la mitad de su peculio
en dar socorros al rey!
¡Él, que viejo y todo, á impulsos
de su lealtad, empuñar
quiso la lanza y escudo!
Ni su edad, ni sus achaques,
lo permitieron; mas cupo
esa fortuna, esa gloria,
á su hijo mayor Rodulfo,
noble joven, que en cien lides
su heroico ardor probar supo.

ARABELA. Ese sí tiene mi sangre;
y yo me lleno de orgullo
pensando en él.

TOM. Sí, mas todos
no tienen su valor sumo.

ARABELA. Odio eterno á los rebeldes;
y es un infame, un oculto
traidor, quien tiene con ellos
tolerancia ó disimulo.
Así quiero en mi familia
que piensen todos; y si uno,

FANY.

uno solo hubiere que...
 ¡Por Dios, señora!... ¿A tal punto
 enconan esa alma noble
 nuestros civiles disturbios?
 ¡Vos tan buena, tan amable!
 ¿Cómo endurecerse pudo
 un corazón donde siempre
 la piedad su albergue tuvo?

ARABELA.

Soy buena, mas con los míos;
 á esos amo y ayudo:
 no á los otros viles, réprobos,
 que á los abismos profundos
 destina el cielo.

FANY.

Y ¿si acaso
 hubiese entre ellos alguno
 de vuestra familia?

ARABELA.

Nunca

en mi estirpe un traidor hubo.

FANY.

Es cierto; mas no ignorais
 cuanto en discordias fecundos,
 rompen los civiles bandos
 de las familias los nudos.

Hijos, hermanos y padres
 suelen con pecho iracundo
 blandir en campos contrarios
 el acero aleve y crudo.

Los labios que allá en la infancia
 bebían el nectar puro

de un mismo seno, hallan solo
 palabras para el insulto;

ojos que se sonreían,
 hora se miran sañudos;

y las manos que otro tiempo
 formaban lazos robustos

de amistad, desgarran fieras
 corazones que son suyos,

dando á sus iras insanas
 su propia sangre en tributo.

¡Ah! si los hombres feroces
 se truecan así en verdugos,

nosotras á quien el cielo
 dió corazón menos duro,

templemos algo el horror
de esos odios furibundos.
Este es solo el deber nuestro;
y no con ánimo adusto
el fuego atizar que engendra
escenas de sangre y luto.

ARABELA.

Sí, Fany, tienes razon;
ciega me exalto y ofusco...
Tú, por dicha, solo sabes
en estos tristes disturbios
el bálsamo de tu llanto
dar á nuestro mal agudo.
Él temple mi furia insana;
y cuando en ardiente surco
siento que cae en mi pecho,
corre el mio á par del tuyo,
y mis rencores se calman,
y á mis venganzas renuncio.

FANY.

¡Ah! no te apartes de mí.
¡Dichosa yo si os infundo
piedad, tolerancia.

TOM.

Eso,
eso me agrada. ¿Qué gusto
sacais con rabiar?

ARABELA.

Mas oye:
¿por qué dijiste que alguno
de mi familia?...

FANY.

Por nada.
Mi imaginacion supuso...

ARABELA.

No, Fany, tú sabes algo.

FANY.

¿Yo?... no.

ARABELA.

Me engañas.

FANY.

Os juro...

ARABELA.

Si acaso... Mas no es posible.

FANY.

¿Sospechais?

ARABELA.

Decirlo dudo.

FANY.

¿Qué... señora?

ARABELA.

En esta casa...

FANY.

¿Y bien?

TOM.

Decid.

ARABELA.

Falta uno.

FANY.

¡Eduardo!

ARABELA.

¡Madre infeliz!

¿Por qué se fué? ¿Cómo pudo
dejar la casa paterna?

TOM.

Se le antojó ver el mundo.

Y luego... teneis la culpa.

ARABELA.

¿Yo?

TOM.

Y el amo, de seguro.

Pues los dos se quieren bien,

y anhelan el santo yugo,

¿por qué diablos no casarlos?

ARABELA.

Hasta que haya paz no es justo...

TOM.

Si eso aguardan, que lo dejen
para despues de difuntos.

ARABELA.

¿Pero qué es de él? ¿Dónde se halla?

¿Por qué ni un recuerdo suyo
hemos tenido?

TOM.

De modo

que las distancias... Tal rumbo
puede haber tomado que...

ARABELA.

Y ¿no piensa en lo que sufro?

¡Oh! ¡cuán otro es de su hermano!

Jamás en su pecho cupo

el noble ardor que le inflama,

y en que mi esperanza fundo.

Siempre al tratar de la guerra

quedábase triste y mudo,

huía de nuestro lado,

y... Santo Dios, si es perjuro,

hacedme bajar primero

que yo lo sepa al sepulcro.

ESCENA II.

DICHOS. FRANK.

FRANK.

Señora, hablaros desea
Mister Bull.

ARABELA.

¿A mí?

FRANK.

Buscaba

tambien al señor Falkland:

dijele que no está en casa,

y ha respondido: «no le hace»

lo mismo me importa el ama.»
 ARABELA. Que entre, pues. (*Vase el criado.*)
 ¿Qué me querrá?
 TOM. ¡Mister Bull! ¡La flor y nata
 de los cabezas redondas
 de Hereford!... ¡Él! ¡Con su facha
 tan estrambótica! y luego
 ¡aquellas maneras záfias!
 ¿Qué diablos le trae?
 ARABELA. Mucho
 esta visita me estraña.

ESCENA III.

ARABELA. FANY. TOM. BULL.

BULL. Buenos dias.
 ARABELA. Dios os guarde.
 BULL. (*Viendo que Fany se retira.*)
 ¿Qué es eso? ¿Por qué se marcha
 esa niña?
 FANY. Es que...
 BULL. Quedaos;
 que vos tambien haceis falta.
 ARABELA. Pero...
 BULL. Que se quede, digo:
 es precisa circunstancia.
 (*Señalando á Tom.*)
 Ese sí que debe irse.
 TOM. Bien... Ya me marchó... (¡Canalla!)
 (*Vase Tom.*)

ESCENA IV.

ARABELA. FANY. BULL.

ARABELA. ¿Qué es lo que buscais? Hablad.
 BULL. (*Tomando una silla y sentándose.*)
 Sentémonos lo primero.
 ARABELA. ¡Me agrada el modo!
 BULL. Yo quiero
 en todo comodidad.

ARABELA.

BULL.

Vos no esteis de pie derecho.

Así me agrada.

Corriente.

El que quiera, que se siente:
el que no, muy buen provecho.

(A Fany.)

Vos niña, venid acá;

que os quiero ver... Bonitilla...

Lindo talle... Morenilla...

Pero unos ojos que ¡ya!

ARABELA.

BULL.

¿Direis al fin?

A eso voy.

A mí me llaman John Bull.

No soy de la sangre azul;

pero en cambio, rico soy.

Sea en buen hora.

ARABELA.

BULL.

Es mi oficio

cervecero. Mis toneles,

mis cuevas... y aun mis lebreles,

están á vuestro servicio.

ARABELA.

BULL.

Gracias.

Solo yo man engo

quinientos hombres al día;

y con ellos armaria

un motin: os lo prevengo.

ARABELA.

BULL.

Pero ¿á qué?

Y sin que me esconda,

por si acaso lo ignorais,

soy eso que aquí llamais

una cabeza redonda.

ARABELA.

BULL.

Sí, ya sé, presbiteriano.

No tal: quien lo ha dicho miente.

Soy mas: soy independiente,

nivelador, puritano;

y cuando otra cosa salga

mas fuerte aún, serlo quiero:

todo, menos caballero,

ni nada, en fin, que lo valga.

ARABELA.

BULL.

ARABELA.

¿Sin duda habeis olvidado

con quien hablais?

No por cierto.

Que soy realista os advierto.

- BULL. Ya lo sé: me lo han contado.
- ARABELA. Pero firme, decidida.
- BULL. Así me gusta la gente: que cuando una cosa siente, la sienta con alma y vida. Mi presencia no os retraiga de decir vuestra opinión. Ahora en paz... Y si hay funcion, porrazo, y caiga el que caiga.
- ARABELA. ¡O, qué cansado y prolijo! Señor Bull, ¿acabareis?
- BULL. Pues aquí donde me veis, yo tengo también un hijo.
- ARABELA. ¿Qué me importa?
- BULL. Guapo mozo, alto, rubio, colorado; en fin, yo pintiparado: su vista me causa gozo. Y en cuanto á comunidad de ideas.... igual á mí: por fuerza; á no ser así, se acabára la amistad.
- ARABELA. Pero....
- BULL. Y bien, este hijo amado, ¿lo creereis?... con todo esto ha días que se me ha puesto como un hilo de delgado.
- ARABELA. ¿Qué dolor!
- BULL. Y yo que soy en lo demas una fiera, temiendo que se me muera, gimo y al diablo me doy. ¡El, la gala de Hereford, morirse! Y ¿por qué, señora? Porque el bribon se enamora.
- ARABELA. ¿Calle!
- BULL. Ha dado en esa flor.
- ARABELA. ¿Miren que calamidad!
- BULL. Es una desgracia, amigo.
- ARABELA. Ya se vé, lo mismo digo: es una bestialidad.
- BULL. Mas ¿qué tengo yo que ver?....

BULL.

¿Que si teneis?... Mucho... todo;
pues quien le trae de ese modo
es esta aleve muger. (*Señalando á Fany.*)
¡Fany!

ARABELA.

FANY.

BULL.

¿Yo?

Vos misma, sí:

con esos ojillos bellos...

Decid: ¿qué teneis en ellos
para matármele así?

FANY.

BULL.

Yo, señor, no tengo nada.

Le habreis mirado risueña...

Algún guiño, alguna seña...

Ardides de enamorada.

FANY.

¡Enamorada de él yo!

Mirad lo que estais diciendo.

BULL.

FANY.

BULL.

Vos le amais: así lo entiendo.

Pues no, señor.

¿Cómo no?

Yo pensé que con ahinco...

Es falso.

FANY.

BULL.

Pues ¿qué tonteras

me ha dicho?... ¿No?

No.

FANY.

BULL.

FANY.

BULL.

¿De veras?

De veras.

(*Levantándose y dándole la mano.*)

Dadme esos cinco.

FANY.

BULL.

¡Eh!... ¿Cómo?

Dádmelos: eso

quiero yo, que no le ameís.

Pues complacido sereis.

FANY.

ARABELA.

BULL.

(*Este hombre ha perdido el seso.*)

¡De gozo el pecho rebosa!...

Es decir... Cuando hablo así,

lo digo solo por mí...

Pero mi hijo es otra cosa.

Y pues que quiere el demonio

que hable aquí por ese aleve,

aunque Barrabás me lleve,

os la pido en matrimonio.

ARABELA.

BULL.

¡Ah, ah, ah!

¿Os reis?

ARABELA. ¡Pues no!

BULL. Pues creo que es buena boda.

ARABELA. Lo será; mas no acomoda.

BULL. ¿No acomoda? ¡Esto oigo yo!
Y ¿mis fábricas?

ARABELA. ¡Pamplinas!

BULL. Mirad que sin lo que herede,
mi amor ahora le cede
cien mil libras esterlinas.

ARABELA. Y ¡qué!

BULL. Y ¿qué? ¿No os agrada?

Pues ¡es un grano de anís!

Y ella, amiga, ¿me decís

qué es lo que tiene?

FANY. ¿Yo?... nada.

ARABELA. Solo una huérfana es
que en mi casa he recogido.

BULL. Y ¿desprecia este partido?

ARABELA. El amor...

BULL. Vendrá despues.

Si el amor preciso fuera,

ninguna se casaria;

ó por lo menos, lo haria

mal y de mala manera.

Los dineros son los fijos,

lo demas es boberia:

¡mi muger no me queria,

y hemos tenido diez hijos!

ARABELA. Otro obstáculo ademas

hay que se opone á este enlace.

BULL. ¿Cuál?

ARABELA. La opinion.

BULL. No le hace.

«A tu esposo seguirás,»

dice la Biblia; pues bien,

ella sigue á su marido;

y los demas su partido

siguen como antes tambien.

FANY. ¿Yo abrazar una bandera

contraria á mis bienhechores?

BULL. La siguen otras mejores.

FANY. No, de ninguna manera.

ARABELA.

Ya lo oís.

BULL.

¿Conque en resumen,
esto es darnos calabazas?

ARABELA.

No... mas...

BULL.

¿No? Pues por las trazas
lo son, y de buen volúmen.

ARABELA.

¿Qué quereis? Forzar no es justo
su inclinacion.

BULL.

Bueno... si... corriente... Lo que es á mí...
á mí me dais por el gusto.
Mi hijo que sufra y se aguante:
solo por él he venido;
que sino... En fin, he cumplido;
y ¿no hay negocio?... Adelante.
Por él quise paz, union;
mas vosotros quereis guerra...
Pues bien, húndase la tierra,
y haya guerra, destruccion.
Sublevaré á mis obreros,
y habrá la de Dios es Cristo.
Voy; y con todos embisto.
Ya vereis... Podeis ponerlos
bien con Dios... No ha de quedar
títtere aqui con cabeza.
No venda yo mas cerveza,
ni vuelva nunca á achisparme,
si hoy no hago en mi furor,
de caballeros menestra,
y me queda para muestra
uno solo en Hereford. (*Vase.*)

ESCENA. V.

ARABELA. FANY. *Luego TOM.*

ARABELA.

¡Jesus, qué hombre! La cabeza
me ha puesto como un tambor.
Necesito respirar
el aire libre... Me voy
al jardin.

(*A Tom que sale.*)

Y el amo ¿ha vuelto?

TOM. Vino de muy mal humor,
y sin decirnos palabra,
en su cuarto se encerró.
Me temo...

ARABELA.

¿Qué?

TOM.

Que sea cierto

aquel maldito rumor
de la batalla perdida.

ARABELA.

¿Qué me dices? ¡Santo Dios!

No nos faltaba otra cosa.

Voy á verle.

(Vase.)

ESCENA VI.

FANY. TOM.

TOM.

Nos dejó

solos... Muy bien... Señorita...

FANY.

¿Qué es lo que me quieres, Tom?

TOM.

Hay una gran novedad.

FANY.

¿Cuál?

TOM.

Que se halla en Hereford
el señor Eduardo.

FANY.

¡Eduardo!

¿De veras?

TOM.

Le he visto yo.

FANY.

¿Qué dices? ¿Dónde?

TOM.

Está en casa.

FANY.

¡En casa! ¿Por qué razon
no se presenta?... Vé pronto
avisa á sus padres.

TOM.

No.

Mas tarde... Dice que quiere
hablaros primero á vos.

FANY.

¿A mí?... Vamos.

TOM.

No hace falta,

pues detras de mí subió...

Y... miradle.

ESCENA. VII.

DICHOS. EDUARDO.

FANY.

¡Eduardo!

EDUARDO.

¡Fany!

¡Bien mio!

FANY.

¡Eres tú!

TOM.

¡Chiton!

No griteis tanto, que pueden oír.

EDUARDO.

Pues bien, el favor
haznos de estar con cuidado;
y avisa si...

TOM.

Ya, ya estoy,

(Tom se retira hácia el fondo y observa desapareciendo unas veces y saliendo otras.)

FANY. Conque eres tú, mi bien?

EDUAR.

Si, yo, que vuelvo,

Fany, á tus plantas mas rendido amante
que me viste jamás. Tras larga ausencia,
mírame junto á tí... No á preguntarte
si me amas vengo, no... Miro tus ojos,
y ellos me dicen que es tu amor mas grande.

FANY.

No lo dudes, lo es. En nuestra llama
de pensar no he dejado un solo instante;
y esa llama que aqui prender supiste
con violencia mayor subsiste y arde.
Y ¿tú?

EDUAR.

Lejos de tí, fue mi consuelo
la idea de tu amor, tu dulce imagen:
por ellas vivo aun, por ellas pude
de la guerra el furor, mis propios males
sereno soportar; y en fin, por ellas
me respetó la muerte en los combates.

FANY.

¡En los combates! ¡Cielos! ¿Qué me has dicho?
Y ¿tú tambien?... ¡qué horror!... ¿tambien osaste?...
Dime: ¿dónde has estado? ¿qué te has hecho?
¿qué partido has seguido?... ¡Ah! bien lo sabes;
á mi amor, á mis ruegos, no lanzarte

á la civil contienda... ¿Lo has cumplido?

Responde: ¿eres leal? ¿eres infame?

EDUAR. ¿Qué te puedo decir? Aquí se llaman
traidores los que allá somos leales.

FANY. Basta... no digas mas.

EDUAR. La patria, Carlos,
clamaban á la vez: dame tu sangre.

Era preciso optar; que en estas lides

quien yace indiferente es un cobarde.

FANY. Y ¿elegiste?...

EDUAR. La patria.

FANY. Y ¿no advertias

que en el campo contrario están tus padres?

EDUAR. Pues si no lo estuvieran, ¿quién dos años

lograra en ocio vil aquí enfrenarme?

¡Harto lo sabes tú! No bien sonaron

la patria y libertad, nombres suaves,

en los oídos míos, de entusiasmo

sentí mi corazón arrebatarse.

Tú sola mis secretos conociste,

tú mis ansias, mis luchas presenciaste,

y ese tu pecho, cuantas veces fuera

depositario fiel de mis pesares!

Cuando aquí se alegraban, yo gemia;

placer sentí tal vez de que llorasen;

y en mis trémulos labios siempre estaba

ansioso de escaparse el vil ultraje.

De este eterno callar el cruel tormento

prolongar por mas tiempo, no era dable:

preciso fue el huir... Fany, tú misma,

salir del patrio hogar me aconsejaste.

FANY. Para evitar desdichas; pero á Francia

EDUAR. prometiste marchar.

Prometí en balde;

que harto tiempo en el pecho contenido,

era preciso al fin que me arrastrase

mi generoso ardor... Yo ví de Londres

la agitada ciudad: ví los afanes

de inmensa poblacion que allá en su seno

de nuestrás combatidas libertades

los defensores guarda, pechos nobles,

tribunos á la vez y generales.

Ví del pueblo el hervor, y armas pidiendo,
del taller á la lid rauda lanzarse.
A tan grande espectáculo ¿quién; dime,
quién, Fany, puede haber que no se inflame?
Carlos ya se acercaba poderoso,
fiero, amenazador: para salvarse
exigia la patria un grande esfuerzo:
la patria me llamó: corrí al combate.

FANY. Y allí tu hermano estaba: ¿no temías
frente á frente con él tambien hallarte?

EDUAR. ¡O recuerdo fatal!

FANY. ¡Dios! ¿te estremeces?

EDUAR. ¡Sí!

FANY. ¡Y le hallaste!... Responde.

EDUAR. Hallele, Fany.

FANY. ¡Qué horror! Y ¿tú en su sangre?

EDUAR. ¿Qué has pensado?

No, jamás: el infierno antes me trague.

FANY. ¡Ah! respiro. Mas dí...

EDUAR. Fue la pelea

en los campos de Náseby fatales

á la causa del rey: allí por siempre

vió Carlos su poder aniquilarse.

FANY. ¿Con que es cierto?

EDUAR. ¡Infeliz! Vile de cerca

combatir con furor, valiente, grande

en su propia desgracia, y con gloriosa

muerte queriendo terminar sus males.

¡Ni aun eso lograr pudo: á socorrerle

acuden sus mas fuertes capitanes,

y apiñados en torno, forman juntos

de acero una muralla impenetrable.

Yo la quiero romper: ciego me lanzo,

y furioso á mi encuentro un noble sale.

Corro sobre él, se acerca, las espadas

ya para herir alzamos centellantes,

nos miramos... ¡O Dios!... A un mismo tiempo

de entrambas manos las espadas caen.

FANY. Era Rodulfo!

EDUAR. Sí: ¡mi hermano era!

FANY. ¡Ah! prosigue... ¿Y despues?

EDUAR. No sé contarte

lo que allí sucedió. De nube oscura
mis ojos se cubrieron... Vacilante,
no pude sostenerme, y en el suelo
yerto vine á quedar como cadáver.
¡Cielos!

FANY.

EDUAR.

Hallé tan solo en torno mio
las sombras de la noche al recobrarne,
y muertes, y destrozos, y silencio
que interrumpian lastimeros ayes.
De espanto me llené... y apésurado
huí de aquel lugar de horror y sangre.
Mas, qué fue de Rodulfo?

FANY.

EDUAR.

Yo lo ignoro.
Averiguar su suerte quise en balde.
Los restos del ejército contrario
huían por do quier: no pudo nadie
decirme que fue de él.

FANY.

EDUAR.

¿Y tan completo
del infeliz monarca es el desastre?
Lo es, Fany, lo es.

FANY.

EDUAR.

¿No hay esperanza?
Ninguna... Y pide al cielo que se salve
en estraña region; que aquí tan solo
la suerte que le espera Dios la sabe.
Infeliz!... Pero tú, ¿cual es tu intento?
La presencia no temes de tus padres?

FANY.

EDUAR.

FANY.

EDUAR.

No: los vengo á salvar.
Pues, ¿qué peligro?

FANY.

EDUAR.

Ninguno aun; pero tal vez no tarde.
Merced á mi familia, estos condados
al desdichado rey fueron leales:
pronto no lo serán; que cuando falta
la suerte, es ley que la constancia falte.
Secretos enemigos que conozco
esperan el momento favorable:
al fin estallarán, y en sus venganzas
son terribles las iras populares.
Yo solo puedo contener su furia.
Pero dí, ¿sin temor puedo mostrarme
en esta casa?

FANY.

EDUAR.

Si...
¿Nada han sabido?

FANY. Nada.

EDUAR. ¿Estás cierta?

FANY. Cierta; pues tu madre, que bien la conoces, incapaz sería de ocultar su furor si sospechase...

EDUAR. Pero, ¿mi hermano?

FANY. Ni una carta suya ha llegado á Hereford mas de un mes hace.

EDUAR. ¡Cielos!

TOM. (*Acudiendo.*) ¡Ya están aquí!

EDUAR. ¡Mis padres!

FANY. Vete.

EDUAR. No: pues todo lo ignoran, puedo hablarles.

ESCENA VIII.

DICHOS. FALKLAND.

(*Sale Falkland pensativo con una carta en la mano.*)

FALKLAND. ¡Mi hijo estar con los rebeldes!

¿Puedo creer este escrito?

Sí, sí, le creo... Qué duda

me ha de caber, si yo mismo

antes que de aquí partiese

por mil seguros indicios

llegué á sospechar?...

EDUARDO. (*A Fany.*) ¿No adviertes

qué triste está y pensativo?

FANY. Déjame hablarle primero.

EDUARDO. Sí, sí.

FALKLAND. (Ocultar es preciso este suceso á su madre.

Temo que su genio altivo,

arrebataado...)

FANY. Señor...

FALKLAND. ¡Ah! ¿Eres tú?

FANY. ¿Qué triste os miro!

FALKLAND. Algun pesar os aqueja.

FANY. ¡Quizá!

FALKLAND. Pues traigo conmigo

quien os alegre.

- FALKLAND. Estás tú;
y á nadie mas necesito.
- FANY. Es algo mejor.
- FALKLAND. Pues, qué?
- FANY. Volved la vista á aquel sitio.
Mirad.
- FALKLAND. ¿Quién?... ¡Eduardo!
- EDUARDO. ¡Padre!
- FALKLAND. ¡Cómo! ¡Tú aquí!
- EDUARDO. Sorprendido,
señor os habeis quedado.
- FALKLAND. ¿Es acaso sin motivo?
- EDUARDO. Yo... señor...
- FALKLAND. Lejos de aquí,
muy lejos, si no han mentido,
yo te creia.
- EDUARDO. ¿Por qué?
- FALKLAND. Lee la carta que recibo
en este instante.
- EDUARDO. (*Leyendo la carta.*) ¡Gran Dios!
- FALKLAND. ¡Te has turbado!... ¿Conque es hijo?
- EDUARDO. Señor, negarlo no puedo:
esa es la causa que sigo.
- FALKLAND. Y osas venir...
- EDUARDO. Vuestro bien
aquí tal vez me ha traído;
mas si mi vista os ofende,
adios, señor, me retiro.
- FALKLAND. ¿Qué haces?... Eres muy culpado;
pero eres al fin mi hijo.
- EDUARDO. ¿Qué oigo?
- FANY. Sí, sí, perdonadle.
- FALKLAND. (*Alargando la mano á Eduardo.*)
Ven, toma.
- EDUARDO. (*Cogiéndola mano y besándola.*)
¡O bondad!
- FANY. ¡Dios mio!
- ¿Qué placer!
- TOM. Eso me gusta:
lo demas es desatino.
- FALKLAND. Vé, Tom, y dí á tu señora
que su hijo Eduardo ha venido.

TOM.

Eso sí, corriendo. *(Vase.)*

EDUARDO.

¡O padre,

aun tengo vuestro cariño!

TOM.

¿Piensas que abriga mi pecho

un bárbaro fanatismo?

Yo á mi rey, cual buen vasallo,

con todas mis fuerzas sirvo:

es mi deber: si otros marchan

por senda y rumbo distintos,

lo siento, los compadezco,

pero no los abomino.

En estos tiempos de errores,

de pasiones y delirios,

en que es virtud para unos

lo que para otros delito;

¿quién osa decir: «yo soy

solo el bueno, tú el inicuo?»

y ¿quién no teme llevar

en su mano el esterminio?

Tú con recto corazón

abrazaste otro partido.

¡perdone Dios al que pudo

asi pervertir tu juicio!

Mas ya que á mis brazos tornas,

ya que en mi casa te miro,

no he de repeler la oveja

que humilde vuelve al aprisco.

Con todo, ignore tu madre

que al Parlamento has servido.

Tú la conoces: su recta

virtud con los enemigos

de la causa que defiende

(transigir nunca ha podido;

y acaso...

EDUARDO.

Nada temais:

sabré guardar el sigilo.

ESCENA IX.

FALKLAND. ARABELA. EDUARDO. FANY.

ARABELA.

¿Dónde, dónde está?—¡Hijo mio!

EDUARDO. Madre!

ARABELA. Ven, ven á mis brazos. (*Se abrazan.*)

EDUARDO. ¡O dulces, preciosos lazos!

ARABELA. ¡Ingrato! ¡Qué desvario
fué el tuyo! ¡Dejarnos! Dí:
¿qué has hecho? ¿Dónde has estado?
¡Ni tal vez te has acordado
de tu pobre madre!

EDUARDO. ¡Oh! sí:

á todas horas.

ARABELA. Pues bien,
¿por qué no escribir siquiera?

EDUARDO. Lejos... en tierra estrangera...

ARABELA. ¿Viste la Francia?

EDUARDO. Y tambien

Italia. Lo que se cuenta
de sus artes ver ansiaba.

ARABELA. ¡Y tu patria en tanto estaba
envuelta en lucha sangrienta!
¡Mal vasallo!

FALKLAND. Pero, ¿á qué?...

ARABELA. El rey tal vez te pedia
tu brazo...

EDUARDO. ¿De qué servia?...

ARABELA. Por eso ahora se ve
vencido, sin esperanza...
Por tí, por otros cobardes
que le abandonan... No tardes
en correr á su venganza.

FALKLAND. Por Dios, ¿es este el momento
de hablar de tales asuntos?

¿A qué de vernos hoy juntos
acibarar el contento?

Deja, Arabela...

FANY. Es verdad.

Fuera tristezas, señora:
gocemos tan solo ahora
de nuestra felicidad.

(segundo 2)

ESCENA X.

DICHOS. TOM.

TOM.

¡Albricias!

FALKLAND.

¿Qué es eso, Tom?

TOM.

¡Qué contento! ¡qué alegría!

FALKLAND.

Cómo?

TOM.

¡Este sí que es gran día!

FALKLAND.

Pero...

ARABELA.

Está loco.

FALKLAND.

Sí, el rom...

TOM.

¿Yo? si le hubiera catado...

FALKLAND.

Pero, ¿qué sucede, di?

TOM.

¡Toma! ¡El también está ahí!

FALKLAND.

¿Quién?

TOM.

¿No lo he dicho?

FALKLAND.

Pesado,

no.

TOM.

Pensé...

FALKLAND.

¿Quién, pues? Acaba.

TOM.

Rodulfo.

ARABELA Y

FALKLAND. Mi hijo!

EDUARDO.

Mi hermano!

TOM.

Le acabo de dar la mano
para apearse... Pensaba
que me seguía... Mirad.

ESCENA XI.

DICHOS. RODULFO.

RODULFO.

¡Padre mío!

ARABELA Y

FALKLAND. ¡Hijo amado! *(Se abrazan.)*

EDUARDO.

(Mi hermano aquí, ¡desdichado!)

FALKLAND.

¡Tú aquí!

ARABELA.

¡Qué felicidad!

FALKLAND.

¿Quién tal dicha me procura?

ARABELA.

¿Cómo estas? ¿Vienes herido?

RODULFO.

No, señora; mas no ha sido,
en verdad, poca ventura.

FALKLAND. Mi vida no perdoné.
Lo creo, que eres valiente.

RODULFO. Todo ha sido inutilmente.

FALKLAND. Y el rey ¿dónde está?

RODULFO. No sé.

En la horrible dispersion
del lado suyo apartado,
varios dias he vagado
sin plan y sin direccion.
Huyendo de los contrarios,
logré alcanzar esta tierra
que, aunque pocos, aun encierra
decididos partidarios:

aquí con valiente pecho
sabré otra vez combatir;

y, si es preciso, morir.

EDUARDO. (¡Ah! si me ve, en su despecho...)

ARABELA. Hijo, bien, asi me gusta,
no hay que entregarse al desmayo.

Dios nos prueba; mas su rayo
por una causa tan justa

vendrá algun dia que truene;

y aniquilando al perverso,

hará que en el universo

nuestra venganza resuene.

EDUARDO. (¡Ah! ¡yo me debo ausentar!)

(Quiere retirarse: Fany le detiene, hablándole en voz baja.)

FANY. (¿Qué haces?)

EDUARDO. (No oyes?)

FANY. (¿Qué temor?...)

FALKLAND. (¿Qué inoportuno fervor!

Y Eduardo... Es fuerza evitar...)

Y bien, Rodulfo, ¿qué es esto?

¿Ni un abrazo das siquiera

á tu hermano que le espera?

¡Mi hermano aquí!

RODULFO.

FALKLAND.

Por supuesto.

Mirale.

¡Cómo!

RODULFO. (Rodulfo, al ver á su hermano, hace un gesto amenazador.

Falkland le contiene acercándose á el y hablándole por to
bajo.)

FALKLAND.

(¿Qué haces?
Contente.)

RODULFO.

(Mas ¿de qué modo?
¿No sabeis?...)

FALKLAND.

(Sí, lo sé todo.)

RODULFO.

(¿Y aun quereis?...)

FALKLAND.

(Que le abrace.)

ARABELA.

¿Qué es lo que mis ojos ven?

¿Suspensos están los dos!

¿Qué será?

FANY.

(¡Clemente Dios!

Oye mis ruegos.)

EDUARDO.

Y bien,

(Adelantándose hacia Rodulfo con los brazos abiertos.)

¿no merezco?...)

TOM.

(Lajo á Rodulfo.) Animo, ea.

RODULFO.

No importa... ven á mi seno.

EDUARDO.

¡Hermano querido! (Se arroja en sus brazos.)

TOM.

¡Bueno!

FANY.

¡Ah! (Con alegría.)

FALKLAND.

Eso es.

ARABELA.

(¿Qué horrible idea!

FALKLAND.

Ahora los dos aquí...

(Colocándose entre los dos hermanos y abrazándolos á la vez.)

aquí... Los dos sois mis hijos...

Fuera cuidados prolijos...

Regocijémonos, sí.

De los públicos asuntos

hoy olvidarnos debemos;

tan solo nos entreguemos

al placer de vernos juntos.

Venid, y que cada cual,

de sus fatigas repuesto,

recobre el antiguo puesto

en la mesa paternal.

Brille abundante y lujosa:

Tom, este encargo te doy;

y mira que luzcas hoy

tu habilidad primorosa.

En ella no ha de faltar

el pez esquisito y raro,

aunque nos les oculte avaro

en sus entrañas el mar;
ni el ave, por mas que apriete
en vuelo rápido el ala,
que bien sabrá diestra bala
traerla á nuestro banquete.

El mas hermoso cordero

en el redil tomarás,
y para que luzca mas
vaya al asador entero.

Fany, recoge en el huerto

las frutas todas mas bellas,

y que yo vea con ellas

el aparador cubierto.

Ni han de conservar, pues llega

momento tan venturoso,

su antiguo y feliz reposo

los vinos de mi bodega;

que es afrenta, á la verdad,

que tanto logren vivir,

y hoy alguno ha de morir

que á mi me dobla la edad.

En fin, porque nada falte,

y brindándose al deseo,

brille el manjar con asco,

y el vino mejor resalte;

la tela que tanto aprecia

dénos Holanda mas fina,

su rica loza la China,

y sus cristales Venecia.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa un jardín. En el sitio mas oportuno habrá un grupo aislado, formado con dos árboles que enlazan sus ramas.

ESCENA PRIMERA.

FANY. TOM.

TOM.

Pues, señor, ya se marchó.

FANY.

Lo siento.

TOM.

Y yo. Mejor fuera que en vez del señor Falkland...

FANY.

Corta debe ser su ausencia, por fortuna.

TOM.

Y ¿si entretanto el demonio aquí la enreda? Mirad: desde que han venido los hermanos, no me llega la camisa al cuerpo: ha un día, y ya van cuatro quimeras. No ha sido nada.

FANY.

TOM.

Es verdad: porque el padre, en cuanto empiezan, echa el montante, y su voz pone fin á la contienda. Pero ahora que no está... Quiera Dios que pronto vuelva. También ha sido aprension irse cuando mas...

FANY.

Por fuerza.

Al fin se supo que el rey en el castillo se encuentra

de Ragland, y lord Worcester, acudiendo á su defensa, llama en torno del monarca á los nobles de esta tierra.

TOM. Bien; pero á tal llamamiento tan solo acudir debiera el señor Rodulfo: á él solo toca entrar en la pelea: su padre no.

FANY. Lord Worcester ha exigido la presencia de Sir Falkland. Tienen planes que concertar.

TOM. Norabuena; mas...

FANY. Y Rodulfo á marchar mañana mismo se apresta. ¡Hágalo Dios!

TOM. ¿Temés algo?

FANY. Sí... Temo á lady Arabelá sobre todo. ¡Qué muger! ¡qué intolerante! ¡qué terca! Por quitame allá esas pajas arma al momento una gresca. Pues digo, si de los otros se llega á hablar... ¡Allí es ella! Es cosa que pierde el juicio en tocándole esa tecla.

FANY. Calla, que viene Rodulfo.

TOM. Este es otro que bien juega.

ESCENA II.

DICHOS. RODULFO.

RODULFO. Querida Fany, ¿tú, aquí?

FANY. Está la tarde tan bella, que convida á disfrutar del jardín la estancia amena. Ved, ¡qué árboles tan frondosos! ¡qué hermosas flores! ¡qué frescas!

RODULFO. Tú, Fany, á todas las vences

FANY.

en frescura y gentileza.
Galan estais: siempre, al fin,
de la corte algo se pega.

RODULFO.

Antes bien, en un soldado
es natural la franqueza.

FANY.

¡Soldado! ¡Maldito oficio!

RODULFO.

Ya, mientras dure la guerra...

FANY.

¡Cuanto mejor que mezclaros
en las civiles contiendas,
os fuera gozar la paz

TOM.

que en esta mansion se alberga!
Ya se vé: ¿qué sacareis
con romperos la cabeza?
Nunca ha de faltar quien mande,
y bajo el yugo nos tenga.

RODULFO.

¡Pluguiese á Dios que seguir
vuestros consejos pudiera!
mas la lealtad, el honor,
hoy el reposo me vedan.

A un inflexible destino
atada está mi existencia,
y aunque el precipicio veo,
marchar adelante es fuerza.
Acometido en mi estancia
de mil lúgubres ideas,
vengo aquí, no á distraer
mis irremediables penas,
sino á dar á estos lugares
donde tan feliz corriera
mi infancia, un adios que ¡ay triste!
tal vez el último sea.

FANY.

¡Ah! ¿qué decís?... No, quedaos,
quedaos... Ya vuestra deuda
habeis pagado al monarca:
¿quién tras su destino os lleva?
Aquí vivireis feliz.
Un padre, una madre tierna,
un hermano...

RODULFO.

¡Ah! calla, calla!

FANY.

¡Un hermano! Si supieras...

RODULFO.

Todo lo sé, todo.

Y ¿osas?...

FANY. ¿Por ser su opinion diversa?
¿No es posible ya quererse
si de otra suerte se piensa?
Nunca habéis estando juntos
de tan odiosas materias,
y habrá paz.

RODULFO. Mas ¿cómo quieres?

TOM. Vuestra madre aqui se acerca.

FANY. ¡Cielos! ¿Qué nuevos pesares
asi su semblante alteran?

ESCENA III.

DICHOS. ARABELA.

FANY. ¡Ah! señora, ¿qué teneis?

RODULFO. ¿Qué agitacion, madre, es esa?

ARABELA. ¡Y Eduardo!

FANY. ¿Eduardo!

ARABELA. Decid:

¿dónde está? ¿dónde se encuentra?
No sé.

FANY. ¿Qué le queréis?

RODULFO. ¿Yo?

ARABELA. ¿Qué le quiero?... ¡Ah! ¡si le viera!...

FANY. ¡Y bien!

ARABELA. ¿Sabeis?... Es preciso

que mi fiero enojo sienta.

FANY. Mas...

RODULFO. ¿Por qué?

ARABELA. Quiero dejarle

confundido en mi presencia:

decirle que es un malvado,

un traidor.

RODULFO. Os enagena

la ira... Ved...

ARABELA. ¿Lo que ha hecho

sabeis? ¿Sabeis donde llega

su perversidad?... Leed,

leed esta carta... En ella

están de su alevosía

las irrecusables pruebas.

FANY.

Leed. Señora, es inútil:
nada ignoramos.

ARABELA.

Perversa,
¿tú lo sabías?—¿Y tú?—
¿Y mi esposo?... Sí... pues era
suya esta carta... En sus ropas
la acabo de hallar.—¡O afrenta!
¡Un Falkland con los rebeldes!
¡En mi familia esta mengua!
Y ¡aquí todos lo sabían!
Y ¡únicamente secreta
era para mí esta infamia!
¡Me engañan cuántos me cercan!

FANY.

Señora, solo han querido
ahórraros tan crudas penas.

RODOLFO.

¿De qué servía?...
Es verdad:

ARABELA.

se temen mis justas quejas,
mi indignacion... Y es que nadie
el noble ardor que yo encierra.
¡Un hijo mio traidor!
¡Ah! ¡yo pierdo la cabeza
solo en pensarlo!... Y ¿olvida
que en la batalla sangrienta
de Newbury pereció
á los golpes de esas fieras
que hoy abraza, lord Falkland,
su tío, honor de Inglaterra?
¡Ah! no recordeis, señora,
esa víctima.

RODOLFO.

TOM. *(Que ha estado observando hacía afuera, se acerca á Fany y le dice en voz baja.)*

Se acerca

el señor Eduardo.

FANY.

(Bajo.) ¡Ay! ¡Cielos!

Detenle. *(Pase Tom corriendo.)*

RODOLFO.

¡Bala funesta
á mi lado el corazón
le traspasó!

ARABELA.

Mas siquiera
tú le has vengado, y el otro...

RODILFO. Callad, vuestra voz me aterra.
¡Ah! no en mi pecho las iras
mal apagadas encienda.

(Se aparta y se deja caer en un banco donde permanece abatido.)

FANY. ¿Lo veis, señora?... El tambien
vuestros rencores condena.
Por Dios, calmad esa furia
que á males sin fin nos lleva.
Ved que Eduardo es hijo vuestro:
si es culpado, ¿quién no yerra?
y ¿cuándo no está una madre
al dulce perdon dispuesta?

ARABELA.

FANY.

Déjame, Fany.

Si en vos

ha escitado la sorpresa
justa indignacion, dejad
que el tiempo la calma os vuelva,
y con ella en vuestro pecho
penetrará la indulgencia.
Venid, y seguid mis pasos
bajo aquellas arboledas
cuyo verdor y fragancia
los males del alma templan.

Venid, y tambien mi voz
que siempre tan dulce os suena,
palabras sabrá encontrar
que vuestros males suspendan.

ARABELA.

Tú lo quieres, Fany... Vamos;
que ya el oírte consuela.

Al menos podré en tu seno
verter lágrimas acerbas.

FANY.

Dame tu brazo.

Tomad.

(¡Ay, era tiempo: ya llega!

Mas ¡solo aquí con su hermano!

Volver luego será fuerza.)

(Vanse las dos por un lado: salen Eduardo y Tom por otro.)

ESCENA IV.

RODULFO. EDUARDO. TOM.

(Solo, siempre abatido y pensativo sentado en el banco.)

RODULFO. ¡Recuerdo horrible!... ¿Por qué
vienes á escitar mis iras?
Temo el furor que me inspiras.
Mas Eduardo... Evitaré...

(Se levanta para marcharse y sale Eduardo.)

EDUARDO. Mi madre se hallaba aquí.
¿Por qué alejarse la veo?
Mi encuentro ha evitado, creo...
¿Es cierto, Rodulfo?

RODULFO. Sí.
EDUARDO. ¿Qué razon?

RODULFO. ¿No la adivinas?
EDUARDO. ¿Acaso?...

RODULFO. Lo sabe todo.

EDUARDO. Y ¿tú osaste de ese modo?...

RODULFO. Neciamente me acriminas:

yo nada dije: una carta...

EDUARDO. ¡Gran Dios! Me habrá maldecido.

RODULFO. No: Fany la ha contenido,

y de este sitio la aparta.

EDUARDO. ¡Ah! Corro...

RODULFO. Fuera imprudencia

el ponerte ante sus ojos:

solo aumentar sus enojos

puede, ahora tu presencia.

EDUARDO. ¡Ah!

RODULFO. Infeliz, ¿ves lo que has hecho?

Ese el fruto es de tu error.

Tú ocasionas su dolor:

si, tú desgarras su pecho.

EDUARDO. Yo la aflijo, lo concedo:

aunque cual de entre los dos

yerra mas, sábelo Dios...

Mas tambien salvaros puedo.

RODULFO. ¿Qué es salvarnos?

EDUARDO. ¡Imprudente
quien vano rencor derrama;
y en tanto, el volcan que brama
bajo sus plantas no siente!
¡Cómo!

RODULFO. Vuestra alma detesta
EDUARDO. al contrario, mas le olvida;

mientras él en su guarida
á estermínaros se apresta.

¿Qué dices?

Ya se arma.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

¿Dónde?

En Hereford.

¡Aquí!

Sí.

¿Qué sitio le oculta, dí?

Se muestra ya, no se esconde.

¿Quién es?

El pueblo.

¿Osará?

En otras partes ha osado.

¿Prontó?

El momento ha llegado.

¿Cuándo?

Esta noche será.

¡Grande empresa! Y tú, sin duda,
¿la habrás preparado?

No;

mas hubo quien me avisó.

¿Y tu favor nos escuda?

¡Mi favor! Ninguno tengo.

Mas el peligro no aguardes.

Huye luego.

¡Ah! sí.

No tardes:

á aconsejártelo vengo.

¡Noble consejo en verdad!

¿Tal propones á mi honor?

Donde vano es el valor,

híjar es temeridad.

Donde el deber combatir

me manda, á lidiar me quedo;
y no calculo si puedo,
ni miro si he de morir.
Del honor tal es la ley,
y esa á un caballero obliga.
Otra puede que se siga
donde combaten al rey.

EDUARDO. Otra han encontrado, es cierto.
RODULFO. ¿Cual?

EDUARDO. La ley del vencedor.
RODULFO. Dí mas bien la del traidor.
EDUARDO. ¡Traidor!... Que estás ciego advierto.

ese desahogo escuso...
Mas si mi hermano no fuera,
de existir dejado hubiera
quien tal dictado me puso.
Por Dios, que no haya pendencia.
Ni aun este caso llegara;
pues antes yo castigara
en Náseby tu insolencia.

TOM.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

TOM.

EDUARDO.

RODULFO.

TOM.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

TOM.

EDUARDO. (Acercándose á Rodulfo, y tomándole afectuosa-
mente la mano.)

Yo lo ves... Nuestra razon
se perturba... Ven, hermano...

Yo. Señores, ¿no veis?...

Me das compasion. Ve, necio,
esa jactancia desprecio.

¿Me insultas?... Pues bien...

(Saca la daga, Tom se pone delante de él.)

¿Qué haceis?

Ven, llega: aqui está mi pecho...
Ya aguardo... ¿Qué te detienes?
Si sed de mi sangre tienes,
hiere y queda satisfecho.

¡Ah! (Arroja la daga.)

¿No te atreves?

Perdona.

Bárbaro fui... Me sonrojo...

¡Eh! Deponed el enojo
que vuestras almas encona.

Mi mano estrecha tu mano,
y la llega al corazon.

¿No sientes cómo palpita?

Mi sangre aquí toda hirviendo,
que es tu sangre está diciendo,

y «amaos, amaos,» grita.

Y la obedezco, y mi amor,
aunque al oírlo te irrites,

vuelve á rogarte que evites
de un pueblo airado el furor.

No pierdas en vano aquí
ese valor que te inflama:

á su lado el rey te llama,
mejor servirásle allí;

que nunca fue obligacion
del valor desperdiciarse,

y brilla mas en guardarse
para mejor ocasion.

Mas tú, ¿qué partido sigues?

Morir á tu lado intento
si aquí estás.

Y ¿si me ausento?
A decirte no me obligues...

¿Te quedarás?

Me es forzoso.

¡O crimen!

Harto me aflige,
pero el destino lo exige.

Tú, partidario celoso
del rey, vivir no podrás

conmigo que le detesto...

Cada cual vaya á su puesto,
y haga el cielo lo demas.

¿Eso piensas todavia?

¡O funesta obcecacion!

¡O funesta obcecacion!
No te impongo mi opinion,

dejame tú con la mia.

¿Qué en esa opinion te deje!

¿Sabes tú que es criminal?

Supongo no será tal
cuando el cielo la proteje.

Hollar las antiguas leyes,

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

RODULFO.

EDUARDO.

- derrocar el santo culto,
vilipendiar con insulto
la magestad de los reyes;
estas las hazañas son
de que tu causa blasona:
ella su frente corona
con perjurio y rebelion.
- EDUARDO. Sin patriotismo y virtud,
haciendo del vicio alarde,
¿qué proclama tu cobarde
partido? La esclavitud.
De rebeldes y villanos
¿llamais á la causa nuestra?
Está bien; mas ¿qué es la vuestra?
La causa de los tiranos.
- TOM. ¡Otra vez! Estais sin juicio...
Vos le exasperais.—Y vos...
- RODULFO. Esta causa es la de Dios,
y al fin nos será propicio.
- EDUARDO. Podrá ser; mas por ahora
á nuestras plantas estais.
- TOM. Por Jesucristo: ¿callais?
- RODULFO. Con tu espada vencedora (*Con ironia.*)
el triunfo vuestro aseguras.
- TOM. Pero...
- EDUARDO. ¡La tuya con gloria
dará á Carlos la victoria!
¿Os dejareis de locuras?
Pronto á su lado estará
bañándose en sangre odiosa.
- EDUARDO. Y la mia mas gloriosa
en las lides brillará.
- TOM. ¡Por Dios!
- RODULFO. Marcha, pues, traidor,
y sirve al infame bando.
- EDUARDO. Ve, pues, y vive arrastrando
á los pies de tu señor.
- TOM. ¿Qué estais diciendo?
- RODULFO. Ya en tí
no reconozco á mi hermano.
- EDUARDO. Ni tú tampoco, inhumano,
ya lo serás para mí.

RODULFO.

Adios, pues.

EDUARDO.

Adios.

TOM.

Tened.

¿Cuáles son vuestros intentos?

Si de sangre estáis sedientos,
venid, la mia verted.

No soy mas que un pobre viejo,
poco tengo que vivir,

y á lo menos, al morir,

á nadie en el mundo dejo.

Mas vosotros, insensatos,

teneis padres: ¿no pensais

que asi un puñal les clavais

en el corazon, ingratos?

¡Ah! sí.

EDUARDO.

¿Qué dices?

RODULFO.

Oid,

TOM.

oid mi voz que intercede...

Mas ella sola ¿qué puede?

(Viendo salir á Fany.)

¡Fany! ¡O contento!... Venid,

venid, señora, por Dios:

ayudadme,

ESCENA V.

DICHOS. FANY.

FANY.

¿Qué te agita?

TOM.

La política maldita

que ha enloquecido á los dos.

FANY.

Pues, ¿qué?...

TOM.

Se quieren matar.

FANY.

¡Qué horror!... ¿Es cierto?

TOM.

Miradlos:

aun se amenazan... Calmadlos.

FANY.

Eduardo... ¿puedo pensar?...

EDUARDO.

Tom exagera... Confieso

que acalorados...

TOM. *(Recogiendo la daga de Rodulfo que habia quedado en el suelo.)*

Tened,
aquí está la prueba... Ved
su daga.

RODULFO.
TOM.

Vuélvela.

Eso,

lo que es por ahora, no.

(La tira fuera del teatro.)

FANY.

RODULFO.

EDUARDO.

TOM.

FANY.

¡Es posible!... ¿Habeis osado?...

¿Qué quieres? Me ví insultado.

¿Que yo te he insultado, yo?

Si los dejais, volverán...

¡Ah! Callad... Y ¡sois hermanos!

Y ¿derramar vuestras manos

sangre tan cara osarán?

Y ¿dónde, cielos divinos?

¡En la paternal mansion,

donde en pacífica union

corrieron vuestros destinos!

Mirad: este es el jardin

teatro en vuestros abril

de mil juegos infantiles,

y de alegrías sin fin.

Aquí con mútuas caricias

que un puro afecto inspiraba,

á una madre que os miraba

inundabais de delicias.

Allí está el bosque risueño

donde, despues de cansados,

uno con otro abrazados

os entregabais al sueño.

(A Eduardo.)

¿No te acuerdas de aquel día

en que Rodulfo valiente,

te libró de la corriente

que ya una tumba te abría?

(A Rodulfo.)

Y tú, pudiste olvidar,

cuando con robusta mano,

un oso abatió tu hermano

que te iba á devorar?

Cual suya, el uno la vida

del otro entonces mirara,

y hoy ¡oh cielos! se prepara
á trocarse en fratricida!

EDUARDO.

¡Oh! no.

RODOLFO.

Jamás.

FANY.

(*Señalando el grupo de árboles.*) ¿Veis allí
esos dos árboles bellos?

A par crecisteis con ellos,

y os representan aquí.

Al nacer de cada cual

vuestro padre los plantó,

y sus ramas enlazó

signo de amor fraternal...

Y unidos siguen, y en vez

de que apartarlos consiga

la edad, su enramada amiga

juntó con mas robustez.

Si hundir vuestra mano intenta

en vuestro pecho el acero,

id, y cortadlos primero,

y que ese emblema no mienta.

EDUARDO.

¡Ah! calla, calla: tu acento

me parte el alma... Venciste.

FANY.

Bien, Eduardo.

RODOLFO.

¿Quién resiste?...

De mi furor me arrepiento.

FANY. (*Toma la mano de Eduardo, se acerca á Rodolfo,
toma tambien la mano de este, y las junta entrambas.*)

Esa mano... Ven... Y vos,

la vuestra... Juntas... aquí...

Así las quiero yo, así...

Y ¿ahora?...

TOM.

Ahora los dos

se abrazan... A ello.

RODOLFO Y EDUARDO. (*Abrazándose.*) ¡Hermano!

TOM.

Mas... mas fuerte... Así me gusta.

(*Fiendo salir á Arabela.*)

¡Cielos!... ¡La madre!... ¡Me asusta!

Dios la tenga de su mano.

ESCENA VI.

DICHOS. ARABELA

ARABELA.

Bien... muy bien... ¡Estrecho abrazo!
 Proseguid... Así me agrada.
 ¡Digno rasgo de amistad!
 ¡Tal armonía me encanta!
 Señora...

EDUARDO.

Yo.

RODOLFO.

FANY.

¡Cielo santo!

¡Ella otra vez!

ARABELA. (*Colocándose entre los dos hermanos y alejando a Rodolfo.*)

Ea, aparta,

aparta... huye lejos de él...

¿Por qué esa serpiente abrazas?

¿No adviertes que con sus manos
 de ahogarte el pérfido trata?

¿Qué decís?

FANY.

TOM.

¡Pues! Ya empezó.

EDUARDO.

¿Así una madre me habla?

ARABELA.

¿Yo tu madre, vil traidor?

No soy tu madre, te engañas.

Yo no tengo mas que un hijo,
 uno solo... Aquí se halla.

(*Abrazando á Rodolfo.*)

Mírale... Este es... él solo
 es mi amor y mi esperanza,
 mi alegría, mi consuelo,
 mi gloria, mi todo.

RODOLFO.

¡Ah! basta.

EDUARDO.

vedme á vuestros pies...

ARABELA.

¿Qué haces?

Levanta, monstruo, levanta.

¿A qué has venido? ¿qué buscas?

¿Qué nuevas traiciones fraguas?

¿Por qué tus cómplices dejas?

Vuélvete con ellos, marcha:

vé, librame de tu vista,

EDUARDO. que tu presencia me espanta.

FANY. ¿Qué escucho? ¿Vos me arrojais?

ARABELA. No, no lo creas.

RODULFO. ¿Qué aguardas?

ARABELA. ¡Madre!

RODULFO. Vete... ¿No has oído?

ARABELA. Huye lejos de esta casa.

EDUARDO. Os obedezco... También

yo abomino esta morada,

y me fatiga su vista,

y hasta la vida me cansa.

Adios, pues... La lid sangrienta

no lejos de aquí me llama:

allí me espera la muerte,

y voy corriendo á encontrarla.

¡Ah!

ARABELA.

FANY.

Detente. (*Se colocan delante de él.*)

RODULFO.

¡Eduardo!

TOM.

Ved...

EDUARDO.

Dejadme paso.

FANY.

Repara...

EDUARDO.

Dejadme... Ya solo quiero

morir. Madre despiadada,

adios, repito. Contenta

vais á quedar; y una espada,

ó el plomo, cortando en breve

de mi existencia la trama,

término pondrá sangriento

á vuestro odio y mis desgracias.

¡Ah! no.

ARABELA

RODULFO.

¡Eduardo!

EDUARDO.

Adios todos.

Ya solo morir me agrada.

ESCENA VIII.

DICHOS. *Menos* EDUARDO.

FANY.

ARABELA.

FANY.

¿Lo veis, señora, lo veis?

¡Qué ha dicho!

A la muerte marcha.

ARABELA.

¡A la muerte!

FANY.

Despechado,
el infeliz va á buscarla.

ARABELA.

No es verdad... no puede ser.

TOM.

¡Miren qué madre! ¡Qué entrañas!

ARABELA.

¿Lo ha dicho? ¿Lo habeis oído?...

¡Que va á morir!... ¡Que le mata
su madre!

FANY.

Sí, sobre vos
recaerá su sangre.

ARABELA.

Calla.

¡Qué horror! ¡Morir!... ¡El morir!

¡Y soy quien su muerte causa!

FANY.

¿Qué otra cosa es arrojarle
de la paterna morada?

ARABELA.

Mas eso no es... ¡Ah! sí,

¡eso es matarle!... ¡Insensata!

y ¡puede!... No... yo no quiero

que muera... no... maldad tanta...

¿Lo oís?... No quiero que muera...

¡El!... Jamas... ¡Hijo del alma!

Marchad, buscadle, traedle...

Decidle que aquí le llama

su madre... que le perdono...

que todo lo olvido.

FANY.

¡Gracias,

Dios de bondad! ¿Será cierto?

ARABELA.

¡Lo dudais!... ¿No veis mis lágrimas?

¿No sabeis que soy su madre?

Necio furor me cegaba.

Odio su delito, sí;

detesto su negra infamia;

quisiera... pero es mi hijo,

mi hijo... y con eso basta.

Vamos.

TOM.

FANY.

Pronto.

RODOLFO.

Sí, marchemos.

ARABELA.

Ansioso aquí ya le aguarda

mi corazon... Mas ¿qué digo?

¿Qué es aguardar?... Me matara

la impaciencia... Vamos todos:

yo misma enmiendo mi falta.

FANY.

Sí.

TOM.

Mejor.

ARABELA.

Quiero que vea
mi llanto, mi pena amarga;
y si es preciso tambien,
quiero arrojarle á sus plantas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Una plaza pública. Es de noche, y el teatro está solamente alumbrado, por hachas y antorchas. John, Bull y sus obreros ocupan la escena. Están armados con toda clase de armas ofensivas y defensivas, lanzas, chuzos, mosquetes ó palos. Al descorrerse el telon se les vé bebiendo al rededor de una mesa.

ESCENA PRIMERA.

JOHN. BULL. FRICK. PERKINS. OBREROS.

BULL.

Ea, muchachos, bebed,
apurad todas las cubas:
no hay que andarse con melindres;
que va á empezar la trifulca,
y es preciso que esta noche,
cual buenos ingleses, luzcan
aquí la fuerte cabeza,
y los brazos en la lucha.
¡Viva John Bull!

TODOS.

BULL.

Majaderos,
no es eso. Gritad con furia
¡viva el parlamento!

TODOS.

BULL.

¡Viva!
Y Dios á Carlos confunda,
y ¡mueran los caballeros!
(*Algunas voces con frialdad.*)
¡Mueran!

BULL.

(*Remedándolos.*) ¡Mueran! ¡O qué insulsa
manera del... Gritad fuerte,

canalla... Yo quiero bulla,
estrépito.

TODOS.

¡Mueran! ¡mueran!

BULL.

Eso es, así me gusta.
En estos casos el pecho
es el que trabaja y suda.
Para eso os doy ese vino;
y aunque á la cabeza suba,
no importa, que así la voz
saldrá sonora y robusta.

FRICK.

Lo que es por eso, papá,
no os dé cuidado: ¡lo chupan!...

BULL.

Mas también como leones
luego es fuerza que sacudan
de recio, con las espadas
dando de tajo y de punta.
¿Cómo estamos de valor?
Yo, papá...

FRICK.

BULL.

FRICK.

Sí tú, ¿te asustas?

¡Asustarme! Pues bonito
soy yo para... Me espeluzna
mi propio ardor.

BULL.

No te olvides
de que también tus injurias
vas á vengar. Si no quiso
por buenas Fany ser tuya,
mire que, cuai paladin,
tu amor por las armas triunfa.
Ya verán esos Falklanes,
si yo tengo malas pulgas:
he de hacerlos pepitoria
como el cielo no se hunda.

FRICK.

BULL.

Sí, papá, sí.
¿Estamos todos,
Perkins?

Todos.

PERKINS.

BULL.

¿Lo aseguras?

De mis quinientos obreros
¿hay alguno que no acuda?
Ha un rato que los conté,
y no es gente que se oculta.
Es que si me falta alguno,

PERKINS.

BULL.

no espere ya volver nunca
á trabajar en mis fábricas:
despedido, no hay escusa;
y aunque perecer le vea
él y su familia junta,
despedido quedará,
que yo no entiendo de burlas.
Esto sabido, cada uno
haga lo que mas le cumpla;
que estoy por la libertad
antes que todo.

PERKINS.

Y en suma.

¿qué vamos á hacer aquí?

BULL.

¡Pues me agrada la pregunta!

Vamos á hacer por de pronto

zafarrancho. Ni una bruja

de lady, ni un caballero,

ni nadie que á tal alcurnia

pertenezca, ha de quedar

en Hereford. O se fugan,

ó duro en ellos... Despues

solos y á nuestras anchuras,

veremos lo que ha de hacerse.

No entiendo esa barahunda

de cámaras alta y baja,

de iglesia anglicana ó turca,

de... nada: yo en esto tengo

una regla, solo una:

irme siempre á lo mas fuerte,

á lo mas atroz.

PERKINS.

Es justa.

BULL.

Sobre todo, los derechos

de la cerveza reduzcan;

y por lo demas, que pongan

ó monarquía ó república.

Pero aquí tenemos ya

quien nos sacará de dudas.

ESCENA II.

DICHOS. BURMAN. EDUARDO.

BULL. Y bien, ¿qué hay? ¿Cuándo empieza la jarana, Mister Burman?

BURMAN. ¿Será cosa que hecho aquí un pasmarote, me aburra? Ha empezado; y ya es preciso que todos al riesgo acudan.

BULL. ¿Qué oigo? ¿Ha empezado! ¿Y sin mí! ¿Es una traición! ¿Qué injuria!

BURMAN. Así lo exige mi plan: ya ocultándose la luna, propicia á nuestros intentos, noche nos da mas oscura.

Llegó la hora: marchad; y si el cielo nos ayuda, victorioso el parlamento, verá esta ciudad por suya, y que fielmente por mí sus encargos se ejecutan.

EDUARDO. Sí, vamos; no hay que tardar, que los instantes apuran.

BULL. ¿Quién es ese camarada?

BURMAN. Es un guerrero que os busca para partir con vosotros los peligros de la lucha:

BULL. *(Acercándose y reconociéndote.)*

¿Qué miro? ¿Eduardo Falkland!

Este emisario se burla de nosotros, ó no sabe la gente con quien se junta.

¿Un Falkland!

BURMAN. Y ¿sabeis vos los servicios, por ventura, que ha prestado á nuestra causa, ni el noble ardor que le impulsa? ¿Qué importa aquí su familia, si con ella en noble pugna, el patriotismo en su pecho

la llama enciende mas pura,
y esa familia en venganza
le desconoce y repudia?
Yo le he visto en las batallas
blandir el asta robusta,

y pródigo de su sangre,
dando ejemplos de bravura,
proezas cumplir que honrosas
de boca en boca circulan.

BULL.

EDUARDO.

Yo... ¿qué sabia?... Pensaba...

Si os quedase duda alguna,
pronto os probarán mis hechos
lo que su lengua asegura.

Venid, la lid nos espera:
si en las populares turbas
lo que le sobra al valor
tal vez falta á la cordura,
yo el camino os abriré
que á la victoria os conduzca:

venid, y sea esta hazaña
de mis hazañas la última;
que si mis votos ardientes
el cielo propicio escucha,
sobre los laureles vuestros
me concederá una tumba,
dando mi vida á mi patria,
y fin á mis amarguras.

BURMAN.

¿Qué dices?... ¿En eso piensas?

Vive para gloria tuya.

Y vosotros ya le oís:

seguidle, y la patria triunfa.

BULL.

Ea, muchachos: ahora

es preciso que se luzca

vuestro valor, y que vean

que aqui somos gente cruda.

No hay que dar un paso atras,

¡voto á bríos!... Si me resulta

algun mandria, puede ser

que de un porrazo le hunda.

La patria... la gloria... la...

la... pues... eso... ¿quién lo duda?

Sobretudo, yo no entiendo

de retóricas profundas:
se va al enemigo, y ¡zas!
boca arriba se le tumba.
¡Que viva John Bull!

TODOS.
BULL.

¡Por vida!

¿No he dicho que no me gusta?...
Decid: ¡viva el Parlamento!

TODOS.
BULL.

¡Viva el Parlamento!

Mucha,

mucha bulla.

TODOS.
BULL.

¡Viva!

Y ¡muera

Carlos!

¡Muera!

¡Bien! que aturda,

que atruene... Y todo realista
al oíros se confunda.

TODOS.
BULL.

(*Vanse Bull, Eduardo y obreros dando muchos gritos.*)

ESCENA III.

BURMAN. *Luego* ARABELA. FANY. TOM.

BURMAN.

(*Solo.*) Esto va bien: la ciudad
se halla toda en combustion;
el pueblo está sublevado,
alzó su potente voz,
y ¿quién contrastar osara
su irresistible furor?
Los contrarios que hallará
pocos y débiles son;
que los pasma la sorpresa,
ó los oculta el temor.
Mi presencia es necesaria
en otros sitios; y voy...

(*Al tiempo de irse, salen por el mismo lado Arabela, Fany y Tom.*)

Pero ¿quién se acerca?

Amigo.

TOM.

BURMAN.

TOM.

¿Qué me quereis?

Por favor,

decidnos, ¿qué ha sucedido?

BURMAN.

TOM.

BURMAN.

¿Cesó ya la rebelion,
ó arde todavía?

¡Cómo!

¿Quién vence, quién?...

¡Vive Dios!

¿Rebelion, decís? El pueblo
por sus derechos se alzó.
Unios á él, cantad
su triunfo, si suyo sois;
mas si del pérfido Carlos
seguís el bando feroz,
temblad y ocultaos luego,
ó bien huid de Hereford;
que arriesgais vuestra existencia
si aquí os halla el nuevo sol.

(Vase.)

ESCENA IV.

ARABELA. FANY. TOM.

TOM.

¿Habeis oido señora?
¡Ah!... retiraos por Dios.

FANY.

Sí, sí: volved...

ARABELA.

¿Qué decís?

¡Huir, ocultarme yo,
cuando arde la horrible lucha,
cuando en ella ¡suerte atroz!
vierten su sangre dos hijos
pedazos del corazon!
¡Oh! no... jamás... quiero ir...
Os engañais... No... los dos
es imposible.

TOM.

ARABELA.

Rodolfo

del riesgo al primer rumor,
sin que mi súplica oyese,
rápido en él se lanzó.

¿Dónde estará, dónde?... ¡Cielos!
¿Será que vuestro rigor
solo de tantos combates
libertarle consintió
para traerle á que muera

á mi vista, y sin honor?

Y ¡el otro!...

FANY.

¡Eduardo!

ARABELA.

El tambien

está combatiendo.

TOM.

No,

no lo creais.

ARABELA.

Yo os lo digo.

TOM.

Os alucina el dolor.

ARABELA.

El mismo... ¿no os acordais?...

él mismo nos lo anunció.

Dijo que á lidiar marchaba;

y en su desesperacion,

«voy á buscar en la muerte

fin á mis males» ¡gritó!

FANY.

¡Ah! es verdad.

ARABELA.

El se halla aquí,

él mueve la sedicion,

no lo dudeis, él enciende

esta contienda feroz.

¿Oís?... ¿oís?... Del combate

ese es el ruido... el clamor

de los que triunfan... las quejas

de los vencidos... ¡Gran Dios!

Allí están... allí...

TOM.

Señora...

ARABELA.

Allí... sí... los dos... los dos.

Furiosos el uno al otro

se abalanzan... ¡Ah! ¡qué horror!

¡Dos hermanos!

FANY.

No temais;

que en semejante ocasion

ya otra vez...

ARABELA.

Pero no alumbra

sus golpes ahora el sol.

La noche, la horrible noche,

propicia al ciego rencor,

todo lo cubre, y se goza

en criminal confusion.

¡Ah! Corro...

TOM.

¿Dónde, señora?

ARABELA.

Donde arda con mas furor

la pelea... Allí estarán,
allí.

TOM.

¿Osareis?

ARABELA.

¿Por qué no?

Donde están sus hijos, no hay
para una madre temor.

Yo entre ellos me arrojaré,
los separaré... Sí... Yo,

yo mi seno por escudo
á sus golpes, sin pavor,
sabré poner... Y si nada
puede en ellos mi afliccion,

antes que logren el pecho
herirse con furia atroz,

este pecho pasarán,
el pecho que los crió.

Vamos, vamos.

TOM.

Deteneos:

gente viene... Tal vez son
parlamentarios.

FANY.

¿Qué miro?

¿No notais al resplandor
de las hachas, que conducen
á un herido?

ARABELA.

¡Santo Dios!

¿Qué dices?... No sé por qué
se estremece el corazón.

Veamos...

*(Se acerca al grupo de hombres que salen, y da un grito
agudo.)*

¡Ay!... El es.

FANY.

¿Quién?

¡Rodolfo!

TOM.

¡Cielos!

ESCENA V.

DICHOS. RODULFO. SOLDADOS.

(Sale Rodulfo herido, sostenido por algunos soldados que traen teas.)

RODULFO. ¡Qué voz!

ARABELA. ¡Rodulfo!

RODULFO. ¿Qué veo?... ¡Madre!

ARABELA. ¡Hijo querido!

RODULFO. ¿Aquí vos?

¿Por qué venís?... Retiraos...

Temed, temed el furor...

ARABELA. ¡Temer cuando estás herido!

Cuando tal vez...

RODULFO. Sí... lo estoy...

Pero no es nada... Este brazo tan solo...

ARABELA. ¿Me engañas?

RODULFO. No,

no, madre mia... No obstante, retirarme es precision del combate, pues la fuerza ya no responde á mi ardor.

ARABELA. ¿Quién ha sido el monstruo, quién?...

RODULFO. ¿Cómo quereis?...

TOM. ¡Ah! veloz

huid... que se acercan...

VOCES. *(Dentro.)* ¡Viva

el parlamento!

RODULFO. Venció

el bando rebelde.

FANY. Vamos.

ARABELA. Ven. *(A Rodulfo.)*

ESCENA VI.

DICHOS. PERKINS. PUEBLO.

PERKINS. Aquí se halla un traidor.
¡Muera!

PUEBLO. ¡Muera!

FANY. ¡Cielos!

ARABELA. (*Abrazándose á Rodolfo.*) Juntos
moriremos.

FANY. ¡Compasion!

PERKINS. No hay piedad. ¡A él!

PUEBLO. ¡A él!

RODOLFO. ¡Ah, cobardes! Porque estoy
herido...

PUEBLO. ¡Muera!

ARABELA. Primero
traspasadme el corazon.

ESCENA VII.

DICHOS. EDUARDO.

EDUAR. (*Abriéndose paso por entre el pueblo.*)
¡Teneos!... ¿Qué intentais?... ¡En los vencidos,
en débiles mugeres, vuestras manos
osais ensangrentar!... No de esa suerte
la victoria empañeis... Eh, retiraos.

(*El pueblo se retira poco á poco.*)

ARABE. ¡Qué acento!... ¡El es!... ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Cielos! ¡Madre
vos aquí!

ARABE. (*Asiéndole por la mano y llevándole hacia Rodolfo.*)
Mira.

EDUAR. ¿Quién?... ¡Gran Dios, mi hermano!

ARABE. Sí, tu hermano.

EDUAR. ¿Qué veo? ¡Herido! ¡herido!

ARABE. Ese premio te dan tus partidarios.

EDUAR. ¡Hermano, hermano mio!

RODUL. ¿Qué me quieres?

Ven, gózate, traidor, en este lauro.

¡Gran victoria alcanzaste!

EDUAR. La abomino:

ni he querido vencer; que despedido,

fui la muerte á buscar... ¡Injusto cielo!

¡Solo su sangre corre y yo estoy salvo!

RODUL. ¡Ah! La suerte cruel burlarse quiso

de mi ardiente valor. Ya con espanto

huian ante mí las viles turbas

que el grito alzar de rebelion osaron;

pero otras llegan, y con nueva furia,

me hallo por todas á la vez cercado.

Entre ellas mas intrépida mi espada

se abre con golpes mil sangriento paso;

mas ¡ó rabia! en la cota de un guerrero,

cayendo con furor, se hace pedazos.

EDUAR. ¿Qué escucho?... ¿Cómo?... Dí... ¿Sobre la cota

tu espada se rompió de tu contrario?

RODUL. Sí.

EDUAR. ¡Santos cielos!... Y ¿él?

RODUL. El, la ventaja

que le daba la suerte aprovechando...

EDUAR. ¿Te hirió?

RODUL. Víctima suya hubiera sido

á no habernos las turbas separado,

y sin la obscuridad.

EDUAR. ¡Dios de venganza,

y allí no me abrasó tu ardiente rayo!

RODUL. ¿Qué dices?

ARABE. ¡O sospecha!

EDUAR. Aborrecedme:

ese infame asesino, ese inhumano...

RODUL. ¿Y bien?

ARABE. Habla.

EDUAR. Era yo.

RODUL. ¡Tú!

FANY. ¡Dios!

ARABE. ¡O crimen!

EDUAR. Sí, yo mismo, yo era... Horrorizaos.

TODOS. ¡Ah!

RODUL. ¡Infeliz!

TOM.

¿Qué habeis hecho?

ARABE.

¡Monstruo odioso,

tus delitos, al fin, han completado!

Solo te falta ya que en este pecho

vengas á sepultar tu acero insano.

Aquí le tienes... hieres... Esta proeza

será digna de tí...

EDUAR.

¡Madre!

ARABE.

(Repeliéndole.)

Malvado,

apártate... ¿No miras que manchada

en mi mas pura sangre está tu mano?

Bárbaro fratricida, te maldigo.

EDUAR.

¡Ah!

ARABE.

Te maldigo, sí.

FANY.

Tened el labio,

Señora...

TOM.

¡Por piedad!...

ARABE.

El alto cielo

mande el justo castigo á crimen tanto.

EDUAR.

¡Ah! no le provoquéis... Temed, señora,

que alcance á vuestra frente el golpe infausto.

ARABE.

¡Cómo!

EDUAR.

Enorme es mi crimen, le detesto,

me miro con horror... Mas ¿tengo acaso

la culpa solo yo?... ¿Quién al delito,

señora, á mi despecho me ha lanzado?

ARABE.

¡Dios! ¿Qué dices?

EDUAR.

Rendido, á vuestras plantas

imploré mi perdon... ¿Por qué negarlo?

¿Por qué furiosa del hogar paterno

lanzarme sin piedad?... A vuestro lado,

ni yo fuera á la lid, ni suerte adversa

guiara al pecho fraternal mi brazo.

ARABE.

¡Ah! sí... por mí... por mí... ¡perversa!... es cierto.

Por mí... ¡Qué horror! Yo soy... yo... yo los mato.

(Cae desmayada.)

FANY.

¡Cielos!

TOM.

¡Fallece!

EDUAR.

¡O Dios!

RODUL.

¿Qué has hecho?

EDUAR.

¡Ay, triste!

¡Madre! ¡madre!

ESCENA VIII.

DICHOS. BULL. BURMAN. PUEBLO.

(Salen Bull y el pueblo atropelladamente y gritando.)

PUEBLO.

¡Victoria!

BULL.

Al fin, triunfamos.

¡Victoria! Ya Hereford queda por nuestro.

¡Qué viva el Parlamento y muera Carlos!

(Sigue gritando el pueblo.)

BURM.

¡Eduardo!... Te hallo al fin... Nuestro es el triunfo.

Ven... el pueblo te llama.

EDUAR.

(Sin atenderle y cuidando solo de su madre.)

¡Cielo santo!

no vuelve.

BURM.

¿No me atiendes?... Oye... escucha...

EDUAR.

Déjame... nada quiero.

BURM.

¡Cuán turbado!

¿Qué mugeres son esas?

EDUAR.

¡Ah! contempla

de la civil discordia el fruto aciago.

Es mi madre.

BURM.

¡Tu madre!

BULL.

Con efecto.

ARABE.

¡Ay! *(Recobrándose.)*

TOM.

Respira.

FANY.

Ya vuelve del desmayo.

EDUAR.

¡Gracias, eterno Dios!

BURM.

Deja á los tuyos

ahora de asistirle el dulce encargo;

que otros cuidados tu presencia piden.

El pueblo al renovar sus magistrados,

te ha nombrado alderman.

BULL.

Y á mí el primero.

EDUAR.

¿Cómo?

BULL.

Que vos y yo, los dos quedamos

de autoridad aquí!

EDUAR.

¡Vos!

BULL.

Caballito:

tambien soy alderman.

EDUAR.

Pues yo rechazo

por mi parte ese honor... Odio, detesto...

- BULL. Muy bien, si no quereis...
 BURM. (*Bajo á Eduardo.*) ¿Qué haces, incauto?
 Tu familia está aquí, tienes amigos:
 es el único medio de salvarlos.
 EDUAR. ¡Ah! sí... tienes razon.
 ARABE. (*Acabándose de recobrar.*) ¡Ay!
 EDUAR. ¡Madre mia!
 ARABE. ¿Dónde estoy?
 RODUL. Respirad.
 BURM. (*A Eduardo.*) Sígueme, vamos:
 no hay tiempo que perder.
 EDUAR. Pero...
 BURM. Es preciso.
 EDUAR. Déjame que...
 BULL. Venid... Pronto... ¡Qué diablos!
 EDUAR. Cuidad de ella. (*A los suyos.*)
 FANY. Sí, sí.
 BURM. ¡Por Dios!...
 EDUAR. No puedo...
 BURM. (*Asiéndole y arrastrándole consigo.*)
 Tu los quieres perder.
 EDUAR. ¡Ah! no... ya marchó.
 (*Van y le siguen Bull y el pueblo gritando.*)

ESCENA IX.

ARABELA. FANY. RODULFO. TOM.

(*Arabela, rodeada y sostenida por los suyos, habrá ido volviendo poco á poco en sí, dando señales de enagenacion mental.*)

- RODUL. ¡Madre! ¡madre!
 FANY. ¡Señora!
 ARABE. ¿Quién me llama?
 No puedo... sostenedme... ¿Dónde me hallo?
 Vosotros... ¿quiénes sois?
 RODUL. Soy vuestro hijo.
 ARABE. ¡Hijo!... ¡nombre fatal!... Y ¿pronunciarlo
 en mi presencia osais?... ¿Sabeis vosotros
 lo que he hecho con mis hijos?... En sus manos
 puse el atroz puñal... Vertí en su seno
 ponzoñoso rencor... y señalando
 del uno al otro el corazón, les dije:

herid sin miedo, herid... despedazaos.

RODUL. Señora, ¿qué decís?... ¡Oh, qué miradas!

FANY. ¡Infeliz! La razón la ha abandonado.

ARABE. ¿No los veis?... ¿No los veis?... Ya se abalanzan...
Ya el crudo acero con furor vibrando,
el pecho embisten, se amenazan, hieren,
de sangre fraternal sedientos ambos.

¡Oh, qué horror!... Detenedlos... pronto... pronto...

¿Qué haceis aquí?... Marchad... Id... Separadlos.

FANY. ¡O funesto delirio!

RODUL. Ved, señora,
que os turba la razón mentido cuadro.

ARABE. ¡Ah! sí... sí... me engañé... No hay nada... nada...
Todo ha sido ilusión... recelo vano...

¡Dos hermanos! ¿Por qué... No, no es creíble
en ellos tal furor.

RODUL. Nunca.

ARABE. Me alarmo

sin motivo... ¿Es verdad?... Ellos se quieren...
no romperán tan delicioso lazo...

¡Matarse ellos!... ¡Ah! ¡ah!... reirme debo...

RODUL. ¡Risa horrible!... Venid...

ARABE. Sí... vamos... vamos...

(Al irse á agarrar del brazo de Rodulfo, repara en la sangre que tiene.)

Pero ¿qué miro?... ¡Sangre!... ¡Ay! ¡Es la suya!

Su sangre... Bien lo sé.

RODUL. Tranquilizaos.

Mirad: yo soy...

ARABE. ¡Su sangre, sí, su sangre!

¡Parricida, yo soy quien la derramo!

Huid, huid de mí... Sobre mi frente

del rayo celestial siento el amago...

Ya cac, ¡Justo Dios! soy muy culpada;

pero quiero á mis hijos, sí, los amo.

Heridme, castigadme, lo merezco...

No haya piedad, señor... pero salvadlos.

(Cae arrodillada: Rodulfo, Fany y Tom acuden á sostenerla.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

FANY. TOM.

FANY.

TOM.

Y bien, Tom, ¿has visto á Eduardo?

¡Qué! si aquello es un infierno:

ni á cañonazos se entrara

en el tal ayuntamiento.

Desde que allí le llevaron

para instalarle en su empleo,

no le han dejado salir:

y ¡las diez son nada menos!

Buena noche hemos pasado;

pero el día ha de ser bello.

¿Que harán?

FANY.

TOM.

Arreglar el mundo:

órdenes, bandos, decretos..

Y el banquete de ordenanza:

ahora estaban en eso.

FANY.

TOM.

¡Dios mio! ¿Qué hemos de hacer?

Aguardar, no hay mas remedio.

Poco puede ya tardar,

pues observé movimiento...

FANY.

TOM.

Y en tanto el pobre Rodolfo

en la torre se halla preso.

Eduardo es ahora el amo,

y hará que salga al momento.

Yo aseguro á los infames

que á prenderle se atrevieron...

Mas milady ¿cómo está?

Lo mismo, Tom.

¿Aun no ha vuelto?

Ha perdido la razon
desde aquel trance funesto.

Delira, á nadie conoce:
continuo horribles espectros
á sus ojos se presentan
con el fratricida acero;
y acusándose á sí propia,
pide su castigo al cielo.
¡Infeliz!

¡Cuántas desgracias!

¡Por ese maldito empeño
de mezclarse en la política!
¡Si siguieran mis consejos!
¿Qué nos importa á nosotros
que aqui mande Juan ó Pedro?
—Que gana el rey.—Norabuena.
—Los otros.—Muy buen provecho.

Para mí todos son unos:
lo mismo da blanco ó negro.

Ya... pero...

No digo nada

cuando el amo sepa luego...

¡Pobre señor!

Ya lo sabe.

¿Lo sabe?

Si está allá dentro.

¿Ha venido?

Habrà una hora:
mientras estabas...

¡Ay! tiemblo..

Y ¿se ha atrevido?...

De ver

á lord Worcester volviendo,
á las puertas de Hereford
supo los tristes sucesos
de esta noche desastrosa;
y por su familia inquieto
ha penetrado hasta aquí
atropellando mil riesgos,

TOM.

¡Qué imprudencia!... Vamos él
también ha perdido el seso.

¡Se marcha cuando hace falta,
y se vuelve al peor tiempo!

¡Jesus!

*(Se oyen á lo lejos voces y vivas que se van aproximando.
Tom y Fany van al balcon para ver lo que es.)*

FANY.

¿Oyes?

TOM.

¿Qué será?

—¿Qué ha de ser? Que viene el pueblo
trayéndole en triunfo.

FANY.

¿A quién?

¿A Eduardo?

TOM.

Sí... Vedle.

FANY.

Es cierto.

TOM.

¡Y le traen en volandas!...

¡Y también á ese mastuerzo

de John Bull!... ¡Dios nos asista!

¡Ay! Dan con él en el suelo.

No... que se apea... Será

venir así gran trofeo;

mas para ir yo seguro

un buen caballo prefiero.

FANY.

Ya suben.

ESCENA III.

DICHOS. JOHN. BULL. EDUARDO.

BULL.

¡Gracias á Dios
que hemos llegado! ¡Reniego
del triunfo!... Me han quebrantado
con sus manazas los huesos.
Eso sí, famoso ha sido...
y no me cabe en el cuerpo
el gozo.

(Se oyen nuevas voces.)

¿Qué es eso? ¿Gritan
todavía?... Ya, ya entiendo.
Querrán para despedirse
que al balcon nos asomemos.
Venid.

EDUARDO.

Dejadme.

BULL.

Es preciso:

el pueblo quiere.

EDUARDO.

¡Qué empeño!

(Se asoma al balcón: Bull hace muchos besamanos y habla á los de fuera.)

BULL.

¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡Eh! Abur...

Pasadlo bien... Hasta luego.

¡Ah! Ya nos dejan en paz.

EDUARDO.

¡Gracias á Dios!... Estoy muerto.

(Se sienta con aire abatido.)

TOM.

(Acercándose.) Señor...

EDUARDO.

¡Ah! ¡Tom!... ¡Eres tú?...

¡Y tú, Fany!

TOM.

Sí... Tenemos

que deciros...

FANY.

¿No sabeis?...

EDUARDO.

¡Cuánto de veros me alegro!

BULL.

¿Qué es eso? ¿Empezamos ya

con mimitos y embelecós

de familia? No, señor:

no es hora aun.

TOM.

Es que tengo...

BULL.

Nada, nada: los asuntos

de la patria son primero.

EDUARDO.

Pero...

BULL.

Es preciso ante todo

concertar nuestro gobierno.

TOM.

Después...

BULL.

Soy autoridad;

y yo lo mando, y lo quiero.

TOM.

También el señor.

BULL.

Mas yo

el peso de todo llevo:

soy el primer alderman,

y él el segundo.

EDUARDO.

Y espero

que en breve el solo sereis.

BULL.

Eso luego lo veremos.

Ahora dejadnos.

TOM.

¡Cuál manda!

BULL.

(Empujándole hacia la puerta.)

¡Eh!... Vamos... pronto.

TOM.

¡Camello!

(Vanse Fany y Tom.)

ESCENA III.

EDUARDO. JOHN. BULL.

EDUARDO. Obrais con harta imprudencia, señor Bull, y cuando aguanto en mi casa desman tanto, pruebas os doy de paciencia.

BULL. Señor mio, así soy hecho: los rodeos dilatorios detesto, y sin requilorios al negocio voy derecho: Lo demas es...

EDUARDO. Reparad que mi familia...

BULL. Está buena: por ella no tengais pena.

EDUARDO. Con todo voy...

BULL. Escuchad.

EDUARDO. Pero...

BULL. Acabemos primero.

EDUARDO. ¡Qué cansado!

BULL. Hablemos claro,

amigo mio: reparo que esto no va cual yo quiero.

¿No?

EDUARDO. No.

BULL.

EDUARDO.

BULL.

estoy hecho!

EDUARDO. Yo no atino.

BULL.

Aquí el primer desatino fue el nombraros alderman.

EDUARDO. Por mi voluntad no ha sidó: todo el pueblo se empeñó.

BULL. Aquel Burman le engañó.

Gracias á Dios que se ha ido.

¡En una revolucion

un noble municipal!

EDUARDO. Pues ¿hay en eso algun mal?

BULL. ¡Es la mas necia aprension!

Eso nuestra ruina labra.

EDUARDO. ¿No teneis confianza en mí?

BULL. ¿Yo?... no; porque siempre vi
que tira al monte la cabra.

EDUARDO. ¡A mí esa injuria!

BULL.

Clarito;

y es lo que está sucediendo.

Señor, ó yo no lo entiendo,

ó esto no ha valido un pito.

¡Gran batalla hemos ganado!

¡Podemos estar muy fieros!

Con mis quinientos obreros

¡vive Dios que me he portado!

EDUARDO. ¿Qué queriais se hiciese?

BULL. ¿El qué? Echar por el atajo,

poner lo de arriba á abajo,

y que hasta el cielo se hundiese.

No dejar realista á vida,

ni títere con cabeza.

EDUARDO. Esa seria fiereza.

BULL.

Pero acertada medida.

Cuando hay tan malas simientes,

fuera con ellas, no hay más:

á estirparlas: lo demas

son solo paños calientes.

Por mí, no quiero cuartel:

si caigo, háganme jigote;

pero en cambio, el monigote

que yo pille, ¡pobre de él!

¡Miren sino que deleite!

Cuatro tiros... nos quedamos

á media miel, y ya estamos

como una balsa de aceite.

Con no sé que zarandajas

de reformillas, tan hueca

anda la gente, y se trueca

todo en agua de cerrajas.

El malo se regodea,

y se acabó la funcion:

si es esto revolucion,
que venga Dios y lo vea.

EDUARDO.

¿Todo sangre habrá de ser?
¿Quereis manchar la victoria?
¿Ignorais que es mayor gloria
el perdonar que el vencer?

BULL.

Es esa filosofía
que no comprendo, ni quiero.

Yo, lo seguro prefiero:

el garrote, esa es la mia.

EDUARDO.

Callad: me causais horror.

Quien generoso combate,

mas enemigos no abate

que los que vence el valor.

Vuestro furor abomino;

y no espereis que mi espada

trueque, despues de envainada,

por el puñal asesino.

¿Quereis persiga al herido

hasta el doméstico hogar,

y allí le vaya á acabar

sobre su lecho tendido;

y cuando en torno llorosa

su familia está afanada,

arroje su sangre amada

sobre sus hijos y esposa?

¿Quereis que en tropel doliente,

desterrado, perseguido,

corra el misero vencido

huyendo de gente en gente;

y mientras rapaz consigue

otro el bien que suyo fuera,

de hambre en nuestros campos muera,

ó en tierra estraña mendigue?

No; jamás: si odioso yugo

vino á romper mi valor,

en vez de un libertador,

no han de ver en mí un verdugo.

Un compatricio, un hermano,

aquel con quien lidio es;

y si le miro á mis pies,

le tiendo al punto la mano.

BULL.

¡Ya!... Si lo tomáis así... (*Enternecido.*)

¡Tanto!—¡Es cosa de rabiar!

¿Pues no me ha hecho llorar?

¿Qué es lo que dirán de mí?

¡Por vida!... Si ese language es capaz...—Soy un camueso.

No, no, tengámonos tieso.

¡Firme!... Y hagamos corage.

—Señor mio, yo me atengo,

ya os lo he dicho, á lo seguro;

y lo que es ahora, os juro...

EDUARDO.

Mientras el puesto que tengo

ocupe, no lograréis...

BULL.

¿No? ¡Friolera!... Allá veremos.

EDUARDO.

No, digo.

BULL.

Pues andaremos

á trastazos, si quereis.

EDUARDO.

¿Qué osais decir?

BULL.

¡No que no!

¿Impedirme á mí?... ¡Me place!

Aquí, amiguito, quien hace

la revolucion soy yo.

EDUARDO.

¡Vos!

BULL.

Sí, yo: con mis obreros.

Hemos de tener jarana,

ó no queda esta mañana

ni rastro de caballeros.

Y doy principio al descarte

por vuestra familia y vos.

Ya lo sabeis: id con Dios,

con la música á otra parte.

EDUARDO.

¿Osareis?

BULL.

Como lo ois.

(Bien, John Bull, muy bien lo has hecho.

¡Fuerte! Asi.)

EDUARDO.

¿Con qué derecho

arrojarme presumís?

Hay alguno en la ciudad

que en patriotismo me iguale?

En la lid de que se sale

¿quien obró con mas lealtad?

BULL.

Eso es verdad: sois valiente...

Aun me parece que os veo...
(¡Bestia, otra vez me blandeo!)
Todo se debe á mi gente.

EDUARDO. Esa gente alborotada
que os sigue atronando á voces,
huyera con pies veloces
sin el valor de mi espada.

BULL. ¿Cómo se entiende? ¡Tratar
á los míos de cobardes!

EDUARDO. ¡Mundo, cómo no te ardes!
¡A todo un pueblo insultar!
BULL. ¡Al pueblo!

Mucho que sí.
Yo soy el pueblo.

EDUARDO. ¿Quién? ¿Vos?

Un hábaro, vive Dios,
no es el pueblo para mí.

Vos usurpais ese nombre
que estais de oprobio cubriendo
para merecerle, entiendo
que es antes fuerza ser hombre.

Aunque noble y caballero,
¿quién es mas imagen de él?

¿Vos que le quereis cruel,
ó yo que humano le quiero?

BULL. Pamplinas todo, pamplinas.

¡Oh! yo os conozco, amiguito,
y no caigo en el garlito,

que sois gentes muy ladinas.

¿Vos patriotismo? Esa es grilla.

Mucho entusiasmo; eso sí;

y es para quedarse aquí,

y armarnos la zancadilla.

Sois lobo con piel de oveja,

y aunque hagais diez mil hazañas,

no hay tu tia, no me engañas,

que al fin la hareis si se os deja.

Y sino, decidme, amigo,

¿dónde vuestro padre está?

EDUARDO. ¿Mi padre?

BULL. Sí...

EDUARDO. Se hallará...

- BULL. Pues... ya se turba... ¿no digo?
- EDUARDO. Mi padre ahora está fuera.
Ha días que se ausentó.
- BULL. Y ¿pensáis que no sé yo
dónde ha ido?
- EDUARDO. De manera
que...
- BULL. Fue á ver á cierto lord
realista, y pedirle ayuda;
y con sus tropas, sin duda
volverá sobre Hereford.
¿Qué tal, eh?
- EDUARDO. Tan vil sospecha...
- BULL. Allá el padre con soldados,
y aquí los hijos armados,
cátate la cosa hecha.
Con un buen golpe de mano...
- EDUARDO. Quien con tan torpe vileza
osa ofender mi nobleza,
es un cobarde villano.
- BULL. A mí no hay que gallearme,
ni poner semblante fosco.
Puños tengo, y si me amosco...
- EDUARDO. ¿Cómo! ¿Osais amenazarme?
¡Viven los cielos! (*Echa mano á la espada.*)
- BULL. (*Echando mano á la suya.*)
Venid,
venid: no me dais temor.
- EDUARDO. Si escuchase mi furor...
Salid al punto, salid,

ESCENA IV.

DICHOS. FANY. TOM. FALKLAND.

- FANY. ¿Qué gritos son estos, cielos?
- FALKLAND. ¿Quién osa turbár así?
- EDUARDO. ¿Qué veo? ¡Mi padre aquí!
- BULL. ¡Sir Falkland! ¡Oh! mis recelos
fundados son... Aquí hay trampa.
¿Dijiste que estaba fuera?

EDUARDO. Sí.
 BULL. ¡Mentir de esta manera!
 TOM. ¡Maldita sea tu estampa!
 EDUARDO. Es que...
 BULL. ¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno!
 EDUARDO. Yo ignoraba...
 FALKLAND. Habrá un instante...
 BULL. ¡Eh! quítense de delante.
 FANY. Pero...
 BULL. ¡Hecho estoy un veneno!
 EDUARDO. Aquí hay conspiración.
 BULL. Oíd.
 BULL. ¡Ha vuelto en secreto!
 ¿Con qué motivo, qué objeto?
 Sí... se conspira... ¡Traicion!
 FALKLAND. ¿Qué estais diciendo?
 EDUARDO. ¿Osareis?...
 TOM. Este hombre es loco.
 FANY. Callad...
 BULL. Sí, sí, ¡traicion!... Aguardad,
 aguardad, y ya vereis...
 EDUARDO. Pero...
 BULL. Voy luego... ¡Bribon!
 ¡Malvado! ¡Así nos vendia!
 Voy...
 EDUARDO. ¿Vuestra rabia osaria?...
 BULL. Ya vereis. ¡Traicion! ¡traicion!
 (*Vase corriendo.*)
 TOM. Va á alborotar el cotarro.
 EDUARDO. Síguele, Tom, y me avisa.
 TOM. Voy... Mas corre tan á prisa...
 EDUARDO. No importa: vé.
 TOM. ¡Si le agarro!
 (*Vase.*)

ESCENA V.

FALKLAND. EDUARDO. FANY.

FANY. ¡Dios mío, su furor me causa espanto!
 EDUAR. ¡Qué trueno! en vano ese furor me amaga,

Pero vos ¡padre mio!... ¡Cielo santo,
á mi ardiente virtud das esta paga!
¿Por qué volver aquí?

FALK. ¿De qué te admiras?

EDUAR. Del riesgo que os circunda me estremezco.
Huid, señor, huid: temed sus iras:
no aumenteis el suplicio que padezco.

FALK. ¡Huir! No: completar debes tu obra:
aun falta á tus hazañas una hazaña.
Aquí espero mi suerte sin zozobra.
Corre, y del pueblo entrégame á la saña.

EDUAR. ¡Yo!

FALK. Al que contra un hermano, fiero, asesta
el hierro matador; al que á una madre
no ha temido afligir, ya ¿qué le resta?
El pecho traspasar de un triste padre.

EDUAR. ¡Tan bárbaro me haceis! Si de un hermano
la sangre derramó mi diestra impia,
sabré en castigo de mi error insano
á torrentes verter la sangre mia.
Seguidme, y á sus plantas...

FALK. Sí, vé, corre
al hondo calabozo donde gime.

EDUAR. ¡Un calabozo!... ¡O Dios!

FALK. Allá en la torre
hora cadena vil su cuello oprime.

EDUAR. No, no es posible... Me engañais.

FALK. ¡Lo dudas!

Mientra al pueblo tus manos libertaban,
de ese pueblo feroz las manos rudas
á tu hermano en prisiones arrojaban.

EDUAR. ¡O fiera ingratitud!

FALK. Y dí: ¿son esos
de tus males presentes los mas graves?

¿No recelas mas míseros sucesos?

¿Qué es de tu triste madre, dí, ¿lo sabes?

EDUAR. ¡Mi madre!... ¡Qué sospecha!... Sin sentido
la ví en tierra caer... ¿Acaso muerta?

FALK. ¡Muerta!... ¡Quizá mejor hubiera sido!

EDUAR. Me estremeceis... hablad.

FALK. Mi voz no acierta...

EDUAR. Hablad, por Dios, hablad.

FALK.

¡Ni aun á su esposo
pudo reconocer la desdichada!

EDUAR. ¡Cielos!

FALK.

En aquel trance doloroso
quedó la triste de razon privada.

EDUAR. ¡Ah!

FALK.

Su estado es horrible. De sus hijos
solo el recuerdo su delirio enciende.
Muestra en ellos tener los ojos fijos,
y grita, y sin piedad su pecho ofende;
y luego en risa atroz que causa espanto,
su pálido semblante se contrae,
y á sus ojos el cielo niega el llanto,
y torna á su furor, y yerta cae.
Estos tus hechos son, tu obra es esta.
¡Ah! tu presencia ahora horror me inspira.
Aparte, te...

EDUAR.

¡Señor!

FANY.

Esa funesta

palabra contened. ¿Así la ira
puede á un padre cegar?... ¿Sabeis los males
que un funesto anatema acarreará?
¡Ah! temedlos, señor, fueran fatales:
siempre la maldicion se compra cara.
Tambien su madre le maldijo: ciega,
osó arrojarle del hogar paterno,
y la sangre de un hijo el suelo riega,
y hoy arde en ese hogar el mismo infierno.
Estos los frutos son, hombres crueles,
de esas discordias que á la lid os lanzan:
pensais ufanos recoger laureles,
y crímenes no mas de ellas se alcanzan.
Llamad é esos furores patriotismo,
entusiasmo, lealtad, ínclitos hechos:
yo los llamo sangriento fanatismo,
pechos de tigre llamo á vuestros pechos.
¡Grandiosa heroicidad! La patria exige
sacrificios, decís, nobles hazañas;
y aquel que de ella en defensor se erije
le rasga, por servirle, las entrañas.
Entregais á las llamas sus ciudades,
teñís en sangre suya vuestras manos;

convertida en teatro de maldades,
no hay ya padres, no hay deudos, no hay hermanos;
y hartos ya de matar, ante sus aras
llevais alegres, cual horribles dones,
gemidos, llanto de personas caras,
y de amigos sangrientos corazones.
Monstruos, no profaneis ese altar santo;
vuestra ofrenda es sacrilega, funesta;
la patria la repele con espanto,
la patria la detesta y os detesta.

FALK. Yo su error perdoné... ¡Menos prudente,
su madre contenerse no ha sabido!...
Mas el blandir por ello el hierro ardiente,
en él venganza criminal ha sido.

FANY. Y venganza es tambien el anatema
que á su frente arrojaís.

FALK. ¿Venganza, dices?

FANY. ¿Qué otro nombre le dais?

FALK. ¿No ha sido extrema
ya acaso mi bondad? Cuando infelices
somos todos por él...

FANY. Pues ¿qué valiera
de otra suerte el perdon?

FALK. Yo le perdono.

Fany, tienes razon... me arrepintiera.

No es hecho para un padre el duro encono.

EDUAR. ¡Ah, señor!

FALK. Infeliz, no te aborrezco.

Mucho me haces sufrir... mas no le hace.

Aun sufres mas que yo... te compadezco.

EDUAR. Sufro... pero al oíros ya renace
dulce consuelo en mí.

FALK. Dame esa mano.

EDUAR. ¡Tomad! *(Se la da con entusiasmo y besa la suya.)*

FALK. Aprieta... sí, tu error escuso;
que he sido tambien jóven, y este anciano
nunca en olvido lo que es serlo puso.

Lo sé... De ilusion vana que nos miente
entonces tras la sombra nos lanzamos;
y entrados ya por la fatal pendiente,
hasta el profundo abismo no paramos.

EDUAR. No receleis de mí negros furores.

FALK. ¡Ah! los detestas, y no obstante cedés.

EDUAR. Los sabré contener.

FALK. No, aunque los llores.

EDUAR. ¿Acaso lo dudais?

FALK. ¿Acaso puedes?

Al ardiente bridon tal vez provoca
insensato ginete con la espuela,
y el corcel generoso se desboca,
y ya sin freno á despeñarse vuela.

EDUAR. Pues bien, si eso es verdad, á tan sangrientas
iras no os arriesguéis... Huid.

FALK. ¿Tal quieres?
¿Y tu madre? ¿y tu hermano? ¿Así me afrentas?
No son esos de un padre los deberes.
En el peligro estar debo á su lado.

EDUAR. Mis días perderé, si ellos los suyos.

FALK. ¡Insigne proteccion!... Tanto has ganado
que no puedes guardar ni aun los tuyos.
(Sale Tom precipitadamente.)

ESCENA XI.

DICHOS. TOM.

TOM. ¡Ah, señor!

EDUARDO. ¿Qué es eso, Tom?

TOM. Huid, ocultaos luego.
Ese malvado John Bull
otra vez con sus obreros,
gritando traicion, venganza,
trae alborotado el pueblo.
Dice que estais conspirando,
que es vuestra intencion venderlos;
que el amo con este fin
ha entrado aqui de secreto;
y ¿qué sé yo?... se dirigen
todos aquí...

(Se oye rumor de pueblo.)

FANY. ¡Santos cielos!

Se acercan... ¿Oís?

EDUARDO. Huid,
temed su furor.

FALKLAND.

No puedo:

aquí mi familia está,
con ella aquí morir quiero.

EDUARDO.

Vedme á vuestros pies, señor:

ceded, ceded á mis ruegos.

A las penas que me agobian

no añadais este tormento:

no vea yo por mi causa

que á todos los míos pierdo.

Salvaos, señor, salvaos.

(Se aumenta el rumor.)

¿Oís? ¿oís?... Aun es tiempo;

mas si tardais...

TOM.

(Mirando por el balcon.) Ya la calle

se va llenando.

FALKLAND.

Sin miedo

aquí los aguardo.

EDUARDO.

¡O rabia!

Señor, vuestras manos riego:

con mis lágrimas: tened

piedad de mi desconsuelo.

FANY.

¡Señor!

EDUARDO.

¿Quereis entregarme

á eterno remordimiento?

TOM.

Ya penetran en la casa.

FANY.

¡Santo Dios!

EDUARDO.

(Levantándose.) El juicio pierdo.¿Cómo evitar?...
Pronto, huid

TOM.

huid, señor.

FALKLAND.

No lo debo.

TOM.

Aun podeis por el jardín...

Yo os guiaré... yo sé cierto

oculto asilo...

FALKLAND.

No, no.

EDUARDO.

¡Qué obstinacion!

FALKLAND.

Donde riesgos

miro que corren los míos,

allí solo está mi puesto.

EDUARDO.

Y ¿por que vos perezcais

salvarse lograrán ellos?

Al contrario, vuestra vista

tal vez la furia encendiendo
de esos tigres... (*Se oyen muy cerca las voces.*)

FALKLAND.

No te canses.

EDUARDO.

Morir lidiando prefiero.

Pues bien, abrid esas puertas;
que vengan, estoy resuelto.

Antes que entren, con mi espada
me habré yo pasado el pecho.

FALKLAND.

¿Qué dices?

EDUARDO.

A vuestros pies
al entrar me verán muerto;
y os respetarán entonces
con mi sangre satisfechos.

FANY.

¿Qué horror!

FALKLAND.

¿Osarás?...

EDUARDO.

Lo juro.

Que entren; ya pronto mi acero...
(*Saca la espada.*)

FALKLAND.

Detente, insensato... Bien...

ya que es necesario, cedo.

Mas corto será el peligro.

El rey no está de aquí lejos;

y si bien son harto escasos

de su ejército los restos,

sobran para aniquilar

á esos rebeldes perversos.

FANY.

Sí, sí. (*Gran rumor y voces de ¡Muera!*)

EDUARDO.

Marchad... que ya suben.

TOM.

Seguidme.

FALKLAND.

Adios... Pronto vuelvo.

(*Vanse Falkland y Tom; y al mismo tiempo salen por el fondo John Bull los suyos.*)

ESCENA VII.

EDUARDO. FANY. BULL. PUEBLO.

BULL.

Venid... Aquí debe estar.

PUEBLO.

¡Muera Falkland!

BULL.

(*Mirando hacia la puerta por donde se han marchado Falkland y Tom.*)

Ya le veo.

Allí va.

EDUARDO.

(Colocándose delante de la puerta con la espada en la mano.)

Para alcanzarle
pasareis sobre mi cuerpo.
¡Atrás, viles asesinos!
¡Atrás, que yo le defiendo!

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

Una cárcel.

ESCENA PRIMERA.

TOM. *El CARCELERO.*

CARCELERO. (*Leyendo un pliego.*)
¿Licencia para que puedan
los presos comunicar?

TOM. Sí, señor.

CARCELERO. ¡Bueno!

TOM. Y que yo

CARCELERO. pueda verlos ademas.
Sí, con efecto: eso dice
la orden del Alderman.

TOM. Con que si gustais...

CARCELERO. Cachaza:

aprisa quereis andar.

TOM. Es que...

CARCELERO. El hermano mayor
en aquel encierro está;
y el otro con su familia
en la estancia principal:
allí... Como que hay señoras,
gastamos urbanidad:
esto no quita que luego
las ahorque el tribunal.

TOM.

CARCELERO. ¡Caribe!
¿A cuál de los dos

TOM. primero quereis hablar?
 Al señor Eduardo: á solas
 un ratito nada mas.
 Despues sacareis al otro.
 CARCELERO. Está bien: asi se hará.
(Entra en el encierro de Eduardo, y sale á poco con el.
 TOM. *(Solo.)* ¡Uy! ¡Qué cara de vinagre!
 ¡En buenas manos estais,
 pobres amos!... Y Dios sabe
 cual vuestra suerte será.
 Despues de tanta discordia,
 tal reñir y batallar,
 ¿qué ha resultado? Que tirios
 y troyanos aquí están.

ESCENA X.

TOM. EDUARDO.

(Sale Eduardo con el carcelero, el cual se retira y entra en el cuarto de Rodulfo.

TOM. ¡Señor!...
 EDUARDO. ¿Quién es?... ¿Eres tú,
 Tom?
 TOM. Yo soy... venid acá
 que os abrace.
 EDUARDO. ¡Pobre viejo!
 ¿Cómo has podido lograr?...
 TOM. Por fin, mis ruegos, mi llanto,
 ablandaron á ese can
 de Mister Bull.
 EDUARDO. ¡Hombre odioso!
 TOM. ¡Es mucha la atrocidad
 que está haciendo! Aun á los suyos
 los tiene cansados ya.
 EDUARDO. Mas ¿cómo está la señora?
 ¿Mi madre? Cada vez mas
 el delirio que perturba
 su mente creciendo va.
 TOM. ¡Cielos!
 EDUARDO. Solo si consigue

algunas veces llorar,
vuelve en su acuerdo, y momentos
goza de tranquilidad;
mas luego la horrible idea
que en su mente fija está,
hace que otra vez le aqueje
con mas violencia su mal.
Sobretudo, no me puedo
á sus ojos presentar,
que entonces torna mas pronto
á ese delirio mortal.
Tan solo Fany á su lado
cuidándola con afán,
consigue breves instantes
sus dolores suavizar.

TOM.

¡Pobre señora!

EDUARDO.

Mas dime:

¿mi padre?

TOM.

Por él ya no hay

EDUARDO.

que tener miedo: está lejos.

TOM.

¿Pudo por fin escapar?

EDUARDO.

Sí.

TOM.

¿De veras?...
No que no!

EDUARDO.

Encargo que se me da...

TOM.

¡A dios gracias!

Con el rey

EDUARDO.

ya presumo que estará;

TOM.

pues dicen... ¿Hay quien nos oiga?

No.

Dicen que de Ragland

salió con tropas, y viene
á sitiar esta ciudad.

Hay quien le supone cerca

y aun he creído notar

en las caras de estas gentes

cierto temor...

EDUARDO.

¡Ojalá!

TOM.

Como este pueblo no tiene

murallas, si viene, zás,

se encaja al punto y...

EDUARDO.

Sí, sí:

TOM. pronto nos libertará.
A otra cosa... Vais á ver
á vuestro hermano.

EDUARDO. ¿Es verdad?

TOM. El carcelero ahora mismo
á este sitio le traerá.

EDUARDO. ¡Oh! Tom, ¿cuánto te debemos!

TOM. Nada... Mas él es... Mirad...

Quedaos con él, yo voy
á ver á lady Falkland.

ESCENA III.

EDUARDO. RODULFO. *El CARCELERO.*

CARCELERO. (*A Rodulfo, al salir de su cuarto.*)

Alli teneis quien os llama. (*Vase.*)

RODULFO. ¿Quién será?

EDUARDO. (*Temo acercarme.*)

RODULFO. ¡Eduardo!

EDUARDO. ¿Y bien! ¿Qué te admira?

Sí, tu hermano está delante.

RODULFO. ¿Qué intento aquí te conduce?

¿Vienes acaso á insultarme?

Causador de mi desdicha,

¿quieres que en ella se sacien

tus ojos? ¿Quieres?... Contigo

EDUARDO. vengó á habitar esta cárcel.

RODULFO. ¡Tú!

EDUARDO. Sí: la misma cadena

á entrambos gemir nos hace.

RODULFO. ¿Qué escucho? ¡Tú, gefe invicto (*Con ironía.*)

de ese pueblo á quien salvaste!

¡tú que vendiste por él

la santa causa de un padre,

y de tu hermano en las lides

osaste verter la sangre,

tú en prisiones!... ¿Por ventura

tu denuedo ha sido en balde?

¿Triunfaron esos que llamas

tiranos viles, cobardes?

¿Es Carlos, son tus contrarios los que á esta prision te traen? Responde.

EDUARDO.

Ese mismo pueblo, ese mandó aprisionarme.

RODULFO.

¡El pueblo!... Al fin recibiste el premio de tus afanes: vencidos y vencedores, todos quedamos iguales.

EDUARDO.

Ingratos fueron conmigo; mas no hay para que lo estrañes: ley es de pueblos y reyes premiar mal á los leales.

RODULFO.

Ley es que todo traidor sus torpes delitos pague:

EDUARDO.

Hermano, sella ese labio, que no es ya tiempo de ultrages.

El lazo que consiguieron romper discordias fatales, en la desgracia comun hoy mas estrecho renace:

no quieras, pues, que de nuevo fiero rencor nos separe.

RODULFO.

¡Cómo! ¿Pretendes que olvide?

EDUARDO.

Lo espero.

RODULFO.

Te equivocaste.

EDUARDO.

No, Rodulfo.

RODULFO.

¿Con qué título?

EDUARDO.

Mi desgracia ¿no es bastante?

RODULFO.

Sí, para compadecerte;

mas no para que te abrace.

EDUARDO.

¿Tanto me aborreces?

RODULFO.

No.

EDUARDO.

¿Luego es desprecio?

RODULFO.

Acertaste.

EDUARDO.

Nadie á su hermano desprecia sin que su honor tambien dañe.

RODULFO.

¿Puede mi honor padecer por que tú el tuyo rebajes?

EDUARDO.

¡Rebajarlo! Esa palabra de tu corazon no sale: no, tú no puedes creer

que yo al honor nunca salte.

RODULFO. Pruébamelo y al momento
para tí mis brazos se abren.

EDUARDO. Qué, ¿nada te dice el verme

en este sitio? ¿No late

tu corazón? ¿No te anuncia

que si en esta prision yace

tú hermano, es por no querer

que el honor nuestro se empañe?

¿Ni aun cuál es el crimen mío

has llegado á preguntarme!

¿Sabes, Rodulfo, cuál es

ese delito, lo sabes?

RODULFO. ¿Yo?... ¿Cómo?... ¿Qué

EDUARDO. El haber querido

libertar á nuestro padre.

RODULFO. ¿A nuestro padre! ¿Qué dices?

EDUARDO. Sí; que por demas amante

de su familia, al peligro

vino imprudente á arrojarle.

Entra en Hereford: el pueblo

clama traicion: mil puñales

le amenazan; fierá chusma

cerca mi casa y la invade

pidiéndome su cabeza:

él siempre esforzado, grande

RODULFO. ¡Cielos! ¿Qué es de él? Dilo pronto.

¿Vive?

Sí, como el hombre que

EDUARDO. ¿Tú le salvaste?

RODULFO. Mi propia vida arriesgando.

EDUARDO. Mas ¿do está?

RODULFO. De aquí distante.

EDUARDO. Y tú.

RODULFO. Por haber cumplido

EDUARDO. cual buen hijo, en esta cárcel.

RODULFO. Bien, hermano, bien, lo apruebo;

como quien eres obraste.

Mas otro cuidado: Di:

¿qué es de mi madre?

EDUARDO. Tu madre.

RODULFO. Sí... ¿Te turbas?

EDUARDO.

Allí está: (Señalando el cuarto.)
en aquella estancia.

RODULFO.

¡Infames!

¡A ella también!... Voy...

EDUARDO.

Detente;

y no su pena acibares.

RODULFO.

¿Qué causa?

EDUARDO.

¿Su estado ignoras?

RODULFO.

¡Ah! Recuerdo... El fiero trance

trastornando su razón...

EDUARDO.

Todo auxilio ha sido en balde.

En un perpétuo delirio...

RODULFO.

¡Y aun pretendes, miserable,

que yo te perdone! ¡á tí

causa de todos sus males!

No, jamás.

EDUARDO.

Luego ¿tú quieres

que nunca remedio alcancen?

RODULFO.

¿Yo?

EDUARDO.

Sí; pues tal será el fruto

de tu rencor implacable.

Mientras duren nuestros odios,

¿piensas que la infeliz sane?

¿Qué estos odios son la causa

de su demencia olvidaste?

¿Sabes cual es el objeto

que la atormenta incesante?

Es la imagen espantosa

de nuestro horrible combate.

Ve cruzarse los aceros,

correr tu sangre y mi sangre...

Pues bien, ¿quieres que á sus ojos

desaparezca esa imagen?

¿Quieres que herida su mente

de saludable contraste,

esa idea que la turba

en grata ilusión se cambie?

Hermano, olvidemos ya

nuestros disturbios fatales:

recíbeme tú en tus brazos,

que yo en los míos te enlace;

y juntos así, de gozo...

de amor, el rostro radiante,
echémonos á sus pies,
esclamando: «¡Madre! ¡madre!
Mirad aquí á vuestros hijos
siempre unidos, siempre amantes,
y hoy estrechando mas firmes
sus vínculos fraternales.
Mentira han sido no mas
nuestros funestos debates...
Mirad cual nos abrazamos;
ved nuestra amistad constante;
y esos terribles fantasmas
de vuestra mente se aparten.

RODULFO. ¡Ah! sí... sí... Vamos, hermano,
vamos.

EDUARDO. Detente... Ella sale.

(Salen Tom y Fany sosteniendo á Arabela.)

ESCENA IV.

RODULFO. EDUARDO. ARABELA. TOM. FANY.

TOM. Sí, venid... no temáis.

ARABE.

¿Dónde me llevan?
¿Qué me quieren?

FANY.

Seguid.

RODUL.

¡Desventurada!

ARABE.

Vos ¿quién sois? (A Tom.)

TOM.

Yo soy Tom.

ARABE.

¡Tom!

TOM.

Vuestro viejo,
vuestro fiel servidor.

RODUL.

¡Ah! voy...

EDUAR.

Aguarda.

(Rodulfo y Eduardo permanecen retirados sin acercarse á Arabela.)

TOM.

¿No os acordáis?

ARABE.

Sí... sí... Recuerdo... Fany,

¿te acuerdas tú tambien?

EDUAR.

(Bajo á Rodulfo.)

¡Fany adorada!

Solo á ella conoce.

FANY.

Es el anciano,

señora, que cuidó de vuestra infancia.
Vedle, abrazadle... Su lealtad os viene
también á consolar.

ARABE. ¡Pena escusada!

No hay para mí consuelo. Dile, dile
que se marche de aquí.

TOM. ¡Me parte el alma
su infeliz situacion!

ARABE. ¿Llorais?... ¡Oh, cuánto
ese llanto os envidio!... Yo lloraba
otro tiempo también... y entonces era
cual ninguno dichosa... Ahora... nada...
Mirad...! secos los ojos... sí... lo mismo
que lo está el corazón... ¡Ay! una lágrima,
una tan solo le demando al cielo...
¡Seria tan feliz si yo llorara!

RODUL. ¡Ah! no puedo sufrir...

EDUAR.

Calla.

TOM.

Animaos.

Abrid, señora, el pecho á la esperanza.
Os traigo buenas nuevas... Vuestros hijos...

ARABE. ¡Mis hijos!

FANY.

¡Ah! por qué tocar su llaga?

ARABE. ¡Mis hijos!... ¿Qué intentais?... ¿Venís acaso,
cruel, á echarme mi delito en cara?
¿Venísle á castigar?... Sí... lo merezco...
Hé aquí mi pecho, herid... clavad la espada
en este pecho criminal.

TOM.

Señora,

desechad esa idea que os engaña.

¡Vos criminal!... ¡Ah! no.

ARABE.

Pues ¿no os han dicho?

Es un secreto atroz... ¡Por Dios, no salga
jamás de vuestra boca... Yo á su lado
era un tiempo feliz... Ellos me amaban...
Y yo á ellos también... ¡Oh! mucho, mucho.
Mas un día... ¡Qué horror!... De ardiente saña
dejándome arrastrar... Estaba loca,
loca por fuerza, sí... Con una daga
yo... Me engaño... no es eso... Madre impía,
puse en sus manos fratricidas armas,
y... Vedlos... allí estan... Mirad... Ya cruzan

los aceros... Tened... ¡Gran Dios! Se matan.

(En este instante los dos hermanos, que se habrán acercado, se arrojan abrazados á los pies de Arabela.)

RODUL. No, madre, no es verdad: se aman, se adoran.
Vedlos á vuestros pies como se abrazan.

ARABE. (Reconociendo la voz de Rodulfo.)
¡Cielos!... ¿Qué voz oí? ¿Me habré engañado?
Parecíame ser... ¡Ilusion vana!
No, no es posible.

RODUL. Sí, lo es, ¡o madre!
Es vuestro hijo que amoroso os habla.

No, no ha muerto, aquí está... La mano vuestra regando con su llanto vuestras plantas.

(Rodulfo besa repetidas veces la mano de Arabela: esta mas sosegada, se va enterneciendo poco á poco.)

ARABE. ¡Es la voz de Rodulfo!... ¡Cuánto tiempo hace que lejos de él no la escuchaba!
¡Ay, qué consuelo!... Proseguid... habladme...
¿Por qué ha cesado ya?... ¿Por qué se para?...
¡Soy tan feliz ahora!

RODUL. Conocedme, madre, madre... soy yo... ¡madre del alma!
Esos ojos volved... Soy vuestro hijo...
Conocedle en el llanto que derrama.
(Llora sobre la mano de su madre.)

ARABE. ¡Llanto!... ¡llanto!... Sí... sí... siento su fuego que penetra hasta aquí... que arde... que abrasa que nuevo aliento da... que vivifica...
y ¡toda, toda me conmueve!

FANY. ¡Ay, hagan los cielos...!

ARABE. ¡Qué opresión!... ¡Siento los ojos!... Las lágrimas en ellos agolpadas...
Sí... ya quiero llorar... ya... ya... lo siento.

FANY. Sí... sí... ¡lágrimas son... estas son lágrimas!
¡Gracias, Dios de bondad, ya se ha salvado!

ARABE. (Sollozando fuertemente, y haciendo vanos esfuerzos para hablar.)

¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!

RODUL. Sosegad...

FANY. No: en vena larga

dejad que llore, que ensanchado el pecho,

al fin recobré su pérdida calma. ...

Señora! ...

RODUL.

¡Madre mia!

ARABE. Ya respiro. ...

Siento que el corazon feliz se ensancha.

Que el aire está mas puro... que una nube,

un espeso vapor, al fin se aparta...

de mi ofuscada vista. Ah! ¡Fany! ¡Fany!

(Arrojándose en sus brazos.)

FANY. Pues mirad quien sus brazos os alarga:

mirad allí.

ARABE. (Volviendo la vista hacia Rodulfo, le reconoce y da un grito.)

¡Rodulfo!

RODUL.

¡Madre!

ARABE.

¡Hijo,

hijo amado!

(Va á abrazarle y se detiene.)

... Mas ¿qué? ... Solo? ... Me falta,

otro... otro hijo... sí... ¿Dónde se encuentra?

EDUAR. (Que habrá quedado algo retirado, como escondiéndose de su madre, se presenta abrazándose con Rodulfo.)

Madre mia, los dos aqui se hallan.

Vedlos ambos aqui, mirad sus brazos

¡cual con cariño fraternal se enlazan!

ARABE. No, no es ahí donde abrazarse debent...

EDUAR. ¿Dónde?

ARABE. ... Sobre este seno que os aguarda.

RODULFO Y EDUARDO. ¡Ah, sí! (Los tres se abrazan.)

TOM. ¡Bendito Dios, que asi terminan

sus funestas discordias!

EDUAR. ¡Madre amada!

ARABE. ¡Hijos! ¡hijos! ¡Volved! que vuestra madre

de veros en sus brazos no se cansa.

¡Oh, cuán dichosa soy! Pero no veo...

á vuestro padre aqui! Por qué se aparta

de milado?

EDUAR. Señora...

ARABE. Estais turbados.

EDUAR. Nuestro padre está lejos? Acompaña

en este instante al rey.

ARABE. Si, bien me acuerdo.

Mas ¿dónde nos hallamos? De esta estancia
la horrible lobreguez...

EDUAR. ¡Ah, madre mia!...

ARABE. ¿Y bien?

EDUAR. Temo decir...

ARABE. ¿Que temes?... Habla.

EDUAR. Todos estamos presos.

ARABE. ¿Una cárcel!

EDUAR. De ese malvado Bull la furia insana...

ARABE. ¡Ah! comprendo.

EDUAR. ¡Alentad... Pronto, lo espero,
sereis por vuestro esposo libertada.

RODUL. Escuchad.
(Se oye un ruido lejano de voces y descargas. Las voces se van aproximando poco á poco hasta llegar muy cerca.)

EDUAR. ¿Qué será?

TOM. Sabremos pronto... *(Vase.)*

EDUAR. Voces de pueblo.

RODUL. Sí.

FANY. ¡Mueran! esclaman.

ARABE. ¡Dios! ¿Contra quién serán?

EDUAR. ¡De perseguirnos
las iras de ese pueblo no se sacian!

RODUL. ¡Silencio!... No escucháis allá á lo lejos

arcabuces sonar?
Oigo descargas.

EDUAR. Cierto.

ARABELA Y FANY. Regocijaos: es sin duda
que ya las tropas á Hereford atacan.

EDUAR. ¡Plegue al cielo!

FANY. Mas cerca.

EDUAR. Eso nos prueba

RODUL. que va venciendo el rey.

EDUAR. Sin duda, avanza.

Pronto seremos libres.

FANY. ¡Dios piadoso,

gracias, gracias!

(Vuelve Tom muy agitado.)

EDUAR. ¿Y bien, Tom, que te alarma?

Ese semblante...

TOM. ¡O cielos!... ¡Amos míos!

EDUAR. ¿Que hay?

RODUL. Habla, ¿cómo nos habéis conmovido?

TOM. No sé como...

EDUAR. ¿Nos amagan mas desdichas aun?

TOM. ¡Y grandes!

ARABELA Y FANY. ¡Cielos!

RODUL. Dí pronto.

EDUAR. ¿Ese rumor?...

TOM. Alborotada la plebe de Hereford...

EDUAR. ¿Y bien?

TOM. Con furia: cercando esta prision, quiere asaltarla.

ARABELA Y FANY. ¡Gran Dios!

EDUAR. ¿Qué dices?

TOM. Con horribles voces piden vuestras cabezas.

ARABELA Y FANY. (Dando un grito agudo.) ¡Ay!

EDUAR. ¡Infamia!

RODUL. ¡Maldicion!

ARABE. (Fiendo hácia ellos.) ¡Hijos míos! (Se oyen las voces ya muy cerca, y golpes como para derribar las puertas.)

TOM. Ya se acercan.

RODUL. ¡Y no tengo un acero! ¡Y sin venganza habré de perecer!

EDUAR. Vengan; que alguno primero ha de morir entre estas garras.

ARABE. Venid, venid; qué con el pecho mio un escudo os haré... Si os amenazan, antes han de pasar sobre mi cuerpo que llegar á vosotros.

RODULFO Y EDUARDO. ¡Madre amada!

(Aumenta el ruido.)

TOM. ¡Cielos, ya están ahí!... ¡Queridos amos!

EDUAR. Tom, no te estés aquí: huye y te salva.

TOM. ¡Yo, señor! ¿Qué decís?... Nunca. Este viejo donde muéren sus amos, allí acaba.

VOCES. (Dentro.) Esas puertas abajo.

(Se oyen golpes para derribar la puerta del foro.)

ARABE. ¡Ay, hijos míos!

¡Que al menos á vosotros abrazada!

vuestra madre perezca!

EDUAR.

Os defendemos!

FANY. ¡Compasion de nosotros, virgen santa!

(Arabela y sus hijos abrazados, forman un grupo á un lado del teatro. Fany y Tom forman otro al lado opuesto, cayendo arrodillados y alzando las manos al cielo. Rodulfo y Eduardo toman una actitud amenazadora, dirigiendo sus miradas hacia los que entran, sin soltar á su madre que tienen agarrada. Los golpes son mas fuertes: cae hecha pedazos la puerta del foro, y salen precipitadamente Sir Falkland y soldados.)

ESCENA V Y ULTIMA.

DICHOS, FALKLAND. SOLDADOS.

VOCES. ¡Victoria!

FALKL.

¿Dónde están?

EDUAR.

¡Malvados!—¡Cielos!

¡Mi padre!

TOM.

¡Sir Falkland!

FALKL.

¡Esposa cara!

¡Hijos!

EDUARDO Y RODULFO. ¡Padre!

TOM.

Señor.

ARABE.

¡Esposo!

FANY.

¡O dicha!

ARABE.

¿Eres tú?

FALKL.

¡Sí, yo soy!... ¡Gracias, oh, gracias

porque á tiempo llegué, divinos cielos!

TOM.

¿Cómo es eso, señor?... Pues no intentaban?...

FALKL.

Con un corto escuadron de amigos fieles, conociendo el peligro que os cercaba, diligente acudí. Débil defensa, al ver que el pueblo mi partido abraza, hacen Bull y los suyos: unos pocos os quieren inmolar á su venganza; mas doblo el paso, y huyen. Ya estais libres. Hijos mios, esposa, Fany amada, y tú, Tom, venid todos, abrazadme

RODUL.

EDUAR.

ARABE.

FANY.

¡Ah! (Le rodean todos.)

Página

22

23

24

25

FALKL. ¿Qué miro?... ¿Es verdad?... Las sombras vanas que turbaban tu mente...

ARABE. Ya no existen, y tu grata presencia las acaba.

FALKL. ¡Bendito Dios!

ARABE. Y ¿el rey?

FALKL. En vano ha sido

querer mas resistir: su triste causa

sucumbe por do quier, y huir le es fuerza!

ARABE. ¡Gran Dios!

FALKL. Yo mismo en la vecina Francia corro un asilo á demandar.

ARABE. Te sigo.

EDUAR. Y yo, padre, tambien. Pues ya á la patria mi deuda le pagué, de hoy mas tan solo de mi familia soy... de mi adorada.
(Tomando á Fany la mano.)

ARABE. ¡Ah! sí... felices sed.

FALKL. Y todos juntos, si no hay en nuestro seno vil zizaña.

RODUL. Por siempre se acabó.

EDUAR. Nuestras contiendas serán probaros quien mejor os ama.

FALKL. Muy bien, hijos, muy bien—Venid... en torno apiñaos de mí... Que aqui enlazadas este tronco ya viejo y carcomido llegue dichoso á ver todas sus ramas.
¡Ah! plegue á Dios que un dia, cual nosotros, formando una familia nuestra patria, do quier contemple, de discordias libre, amor, estrecha union y tolerancia.

FIN DEL DRAMA.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
22	4	TOM.	FALKLAND.
24	10	hubiera	hubiere
26	42	les	le

de contrarias suspensiones?

No se dice con propiedad que un piélago engolfe ni pensamientos, ni naves: ellos y ellas se engolfarian en él.

Página 193.

Por Dios,

que le ha enamorado allí
el mejor ojo que ví,
no os haciendo agravio á vos,
y la mano mas brillante
que el jabon de Chipre honró.
Hoy la palabra nos dió
de que ha de ser nuestra esposa.

Parece que la mano es la que dió palabra de casamiento.

Página 197.

Solo es poderoso, cielos,
en tan proceloso abismo
partir un corazon mismo
el cuchillo de los celos.

Falta la proposicion *á* delante del verbo *partir*.

En cuanto á la versificacion, hemos reparado que en los romancillos varias veces se aconsonantan los pares, cosa que debe evitarse con cuidado. En la escena III del primer acto no mas, hemos hallado los siguientes: *contera*, *pudiera—ella*, *bella—fuera*, *tuviera—cabellera*, *mollera*.

Solo se pueden disimular estos defectos, y otros de igual especie, á los escritores que hayan escrito, no tanto como Tellez ni tan de prisa, sino tantas bellezas.

de contritas angustias.
No se dice con propiedad que un plebeyo engolfe en pen-
samientos, ni naves: ellos y otras se engolfan en el.

Página 133.

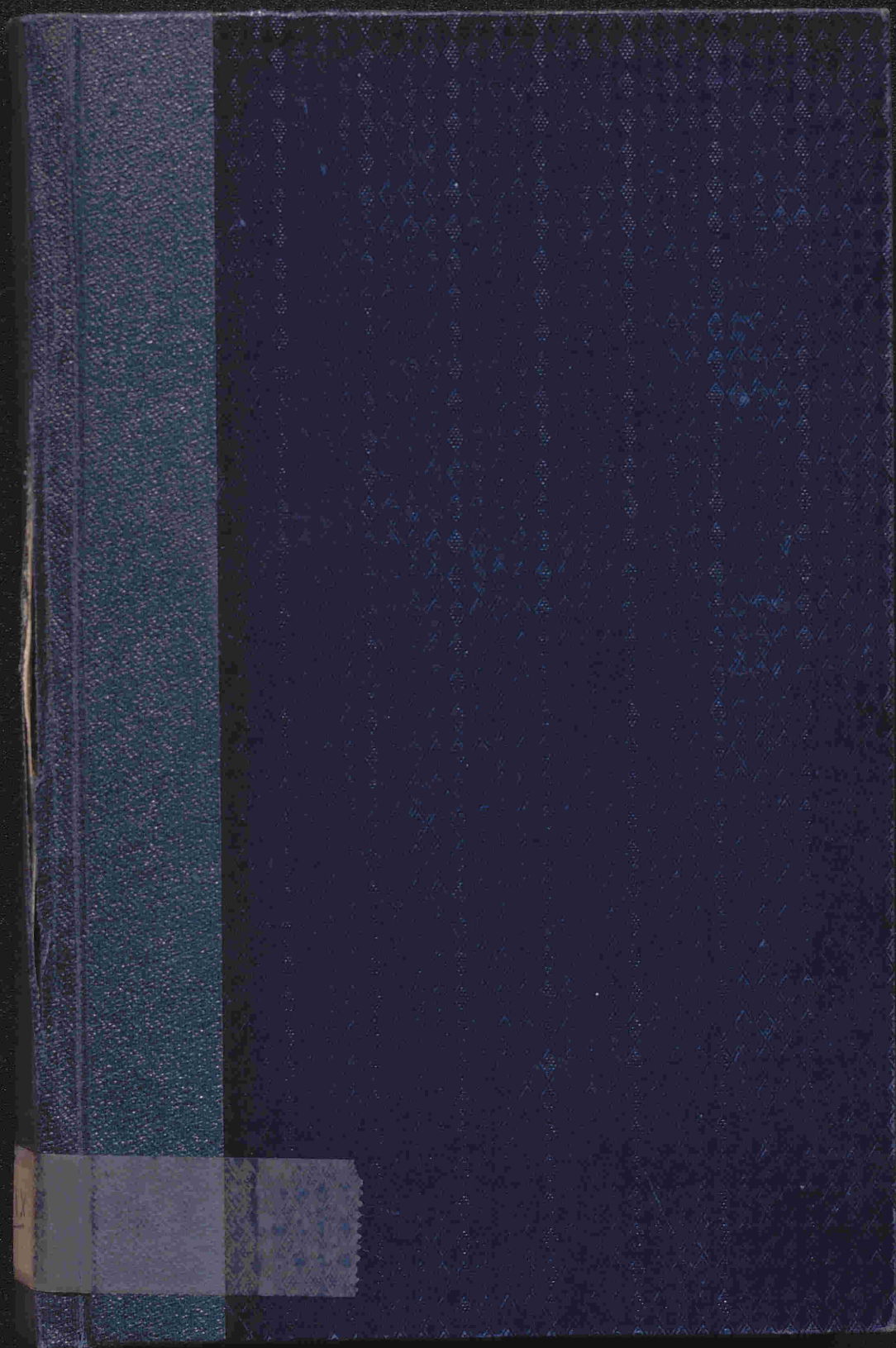
Por Dios,

que lo ha enmendado allí
el mejor ojo que vi
no es haciendo retrato á vos
y la mano mas diestra
que el japon de Claque donde
Hoy la palpitante nos hid
de que ha de ser nuestra esposa.
Parece que la mano es la que dio palpitante de casamiento.

Página 131.

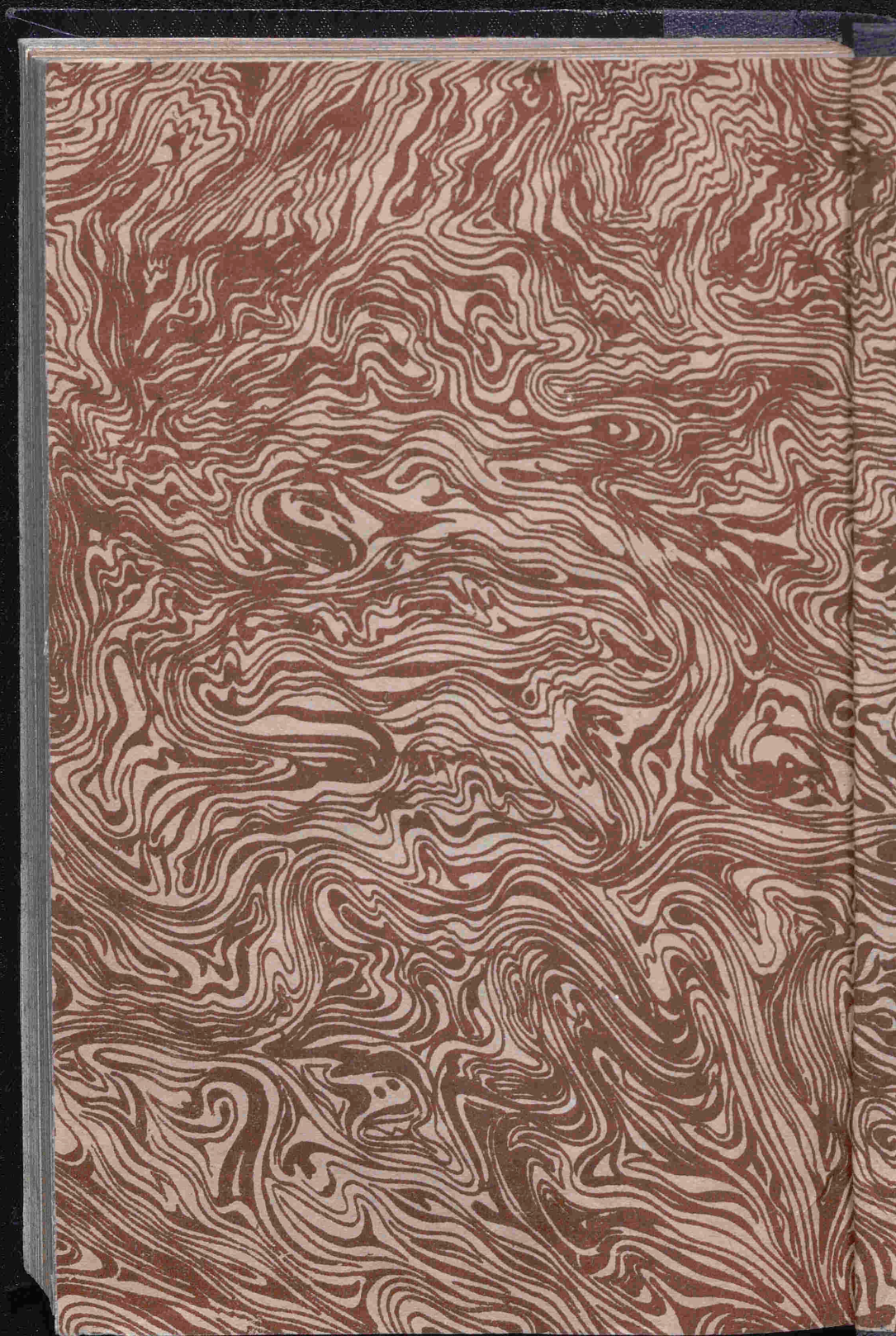
Solo es poderoso, cielo,
en tan profuso abismo
partir un corazón mismo
el cuchillo de los celos.

Talla la proposición á delante del verbo partir.
En cuanto á la versificación, hemos reparado que en las
comunidades varias veces se aconsejaban las partes, cosa que
debe evitarse con cuidado. En la escena III del primer acto
no mas, hemos hallado las siguientes: cantar, pedir, ella,
della, fuera, fuera — endellera, molliera.
Solo se pueden disminuir estos defectos, y otros de igual
especie, á los escritores que bayan escrito, no tanto como
Talles ni tan de prisa, sino tantas bellezas.

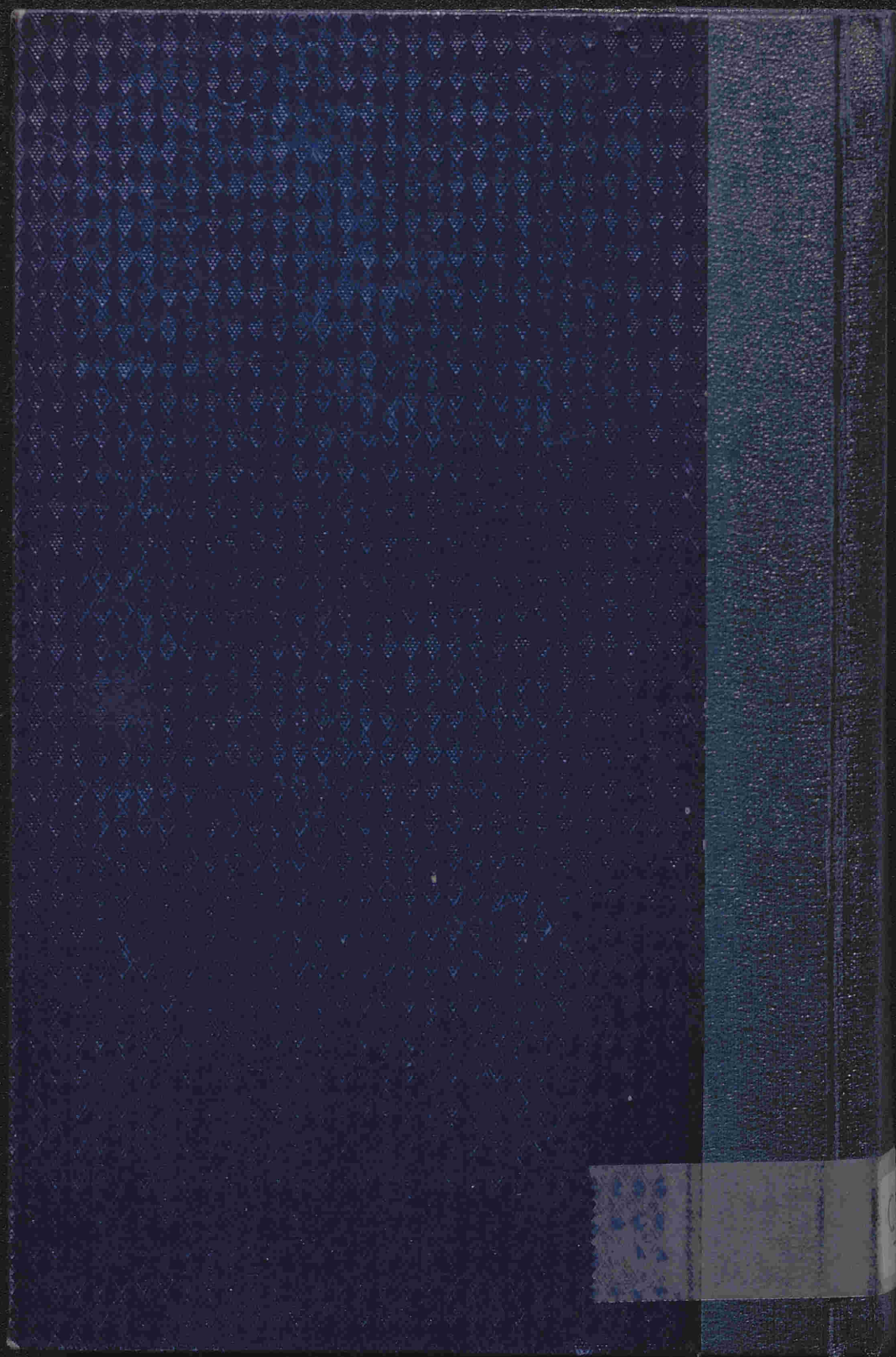












COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

CES-XIX